



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 28 (2022)

LAS CARTAS FAMILIARES DE JUAN ANDRÉS: SABER CIENTÍFICO, PROGRESO Y MECENAZGOS EN LA TOSCANA DEL SIGLO XVIII

Franco QUINZIANO

(Universidad de Salamanca – IEMYRhd)

(Universidad de Oviedo – GREC)

<https://orcid.org/0000-0002-2599-8079>

Recibido: 14-1-2022 / Revisado: 19-5-2022

Aceptado: 15-4-2022 / Publicado: 25-11-2022

RESUMEN: Con toda probabilidad Juan Andrés es el autor del dieciocho español que, con mayor lucidez y perspicacia, se propuso hilvanar un proyecto cultural de carácter universal, al trazar un sentido completo y totalizador de las letras, las artes y la ciencia, en una aproximación multidisciplinaria que apoyaba en la concepción unitaria del saber. Las amplias páginas que el ilustre alicantino dedicó en sus *Cartas familiares* a los saberes científicos del gran ducado de Toscana, y a los lugares en lo que estos se organizan, promueven y difunden, son bien significativas de su concepción del progreso y de su innegable preocupación hacia el avance de las ciencias modernas. Al mismo tiempo, el texto revela el manifiesto interés que siempre exhibió hacia los modelos de promoción y mecenazgo —públicos y privados— más eficaces, orientados a fomentar y difundir los adelantos culturales y científicos, desde una posición ecléctica. Andrés establece una jerarquización de los lugares que promueven, organizan, custodian y difunden los saberes y sus avances (en especial museos, academias y bibliotecas), atendiendo a la posibilidad de que dichos espacios puedan articular un circuito de promoción científica y cultural más incisivo y eficiente, apoyados en la ejemplaridad que le proporcionan los modelos dignos de ser emulados por las élites ilustradas y la nobleza de España.

PALABRAS CLAVE: Juan Andrés, ciencia moderna, mecenazgo, viaje ilustrado, Toscana.

THE *CARTAS FAMILIARES* BY JUAN ANDRÉS: SCIENTIFIC KNOWLEDGE, PROGRESS AND PATRONAGE IN THE 18TH CENTURY TUSCANY

RESUMEN: Juan Andrés is, probably, the author of the Spanish eighteenth which, with more lucidity and perspicacity, proposed to capture a cultural project of universal character. The author traces a complete and totalizing sense of letters, arts and science, in a multi-disciplinary approach that he supported in the unitary conception of knowledge. The extensive pages that Andrés dedicates in his *Cartas familiares* to scientific knowledge on his Italian *tour* of Tuscany, and to the places in which these are organized, promoted and disseminated, are significant of his undeniable interest in the progress of modern science. At the same time, the text reveals the attention that he has always shown towards the most effective patronage models —public and private— be aimed at promoting and disseminating cultural and scientific progress. Andrés makes explicit his admiration towards the places that promote, organize, safeguard and spread the sciences (specially museums, academies and libraries), considering the possibility that these spaces can articulate a more efficient scientific and cultural promotion circuit, supported by the exemplarity provided by models worthy of being imitated by the enlightened elites and the nobility of Spain.

KEYWORDS: Juan Andrés, modern science, patronage, enlightened journey, Tuscany.

En el marco del interés entusiasta que exhibió el jesuita expulso Juan Andrés hacia el mundo del saber y el progreso científico y de su vinculación privilegiada con las élites intelectuales del gran ducado toscano, estas páginas exploran la presencia, selección, jerarquización y funcionalidad de los lugares del saber científico en la Toscana de finales del *Settecento*, descritos por el erudito alicantino en sus *Cartas familiares*, texto que dialoga complementándose, en no pocos aspectos, con su epistolario y su obra de mayor alcance, *Orígenes, progresos y estado actual de toda literatura*. Para ello se aborda la mirada andresiana sobre los ámbitos de formación, producción y difusión del saber científico, en función de su periplo toscano en el verano de 1785. Asimismo se examina su propuesta, tomando como eje el caso toscano y en clave optimista, encaminada a promover una mayor articulación y optimización de estos centros del saber a través de la configuración de un circuito en el que el rol del poder público, erigido en modelo ejemplar de mecenazgo, fuese central en la protección y promoción de la ciencia moderna. Una primera aproximación revela su voluntad de establecer una jerarquización de los ámbitos de producción del saber en el que museos, academias, bibliotecas y gabinetes de física se erigen en ámbitos privilegiados del adelantamiento en campo científico, en la perspectiva de integrar en una visión indivisible la producción y difusión del conocimiento y los saberes.

I. SABER UNITARIO Y PROGRESO DE LA CULTURA Y LAS CIENCIAS EN JUAN ANDRÉS

La crítica ha puesto de relieve la extraordinaria capacidad del grupo ignaciano valenciano, afincado en la Italia del XVIII a raíz de la Pragmática carolina de expulsión (1767), en adaptarse al clima cultural de la península del último tercio del siglo. De hecho, los expulsos procedentes de la provincia jesuita de Aragón (que comprendía también los actuales territorios de Cataluña y Valencia) fueron los primeros en asimilar los componentes culturales de la Italia del XVIII y en aclimatarse al *Iluminismo* peninsular, orientados muchos

de ellos a entablar, como expresión de una precisa estrategia socio-cultural, un diálogo activo y provechoso con las élites intelectuales de los territorios que los habían acogido.

Al evocar al abad Juan Andrés (1740-1817), Miquel Batllori recuerda que, más allá de sus grandes méritos por lo que atañe a sus aportaciones a la cultura española, «appartiene più direttamente alla cultura italiana del secolo XVIII, della quale fu uno dei più alti esponenti nel campo dell'erudizione enciclopedia» (1961: 156-157). La personalidad y la actividad cultural que exhibe el ignaciano alicantino, por el calado de sus observaciones y aportaciones, destaca sobre la del resto de sus *confratelli*, simbolizando la nueva simbiosis cultural hispano-italiana que se ha ido afianzando a lo largo del último tercio de la centuria. Andrés, espíritu abierto y tolerante, de formación clásica y humanista y en el que destaca el magisterio de Gregorio Mayans, constituye un sólido punto de referencia, no solo para sus compañeros de religión afincados en los diversos territorios italianos, sino también para los hombres de cultura de la Italia del periodo. Numerosos y muy provechosos fueron los vínculos de amistad y de estima intelectual que el erudito entabló y cultivó en sus largos años en Italia con exponentes destacados de la cultura e intelectualidad del tiempo, como Bettinelli, Tiraboschi, Perini, Mehus y Carli, con quienes mantuvo una larga correspondencia, recopilada en años recientes por Livia Brunori (2006, 3 vols.).

Andrés logró insertarse asimismo en los ambientes más prestigiosos de sociabilidad cultural que exhibía la Italia del periodo, incorporándose como miembro en varias academias literarias, culturales y científicas de renombre, entre otras la *Società Colombaria* florentina, la *Real Accademia delle Scienze e Belle Arti* de Mantua, la *Reale Accademia* de Florencia, la *Accademia dell'Istituto delle Scienze* de Bolonia y la partenopea *Società Pontoniana*, sin olvidar su admisión, en calidad de miembro externo, de la prestigiosa *Société Royale des Sciences* de Göttingen. Reconocido y estimado por humanistas y científicos de su tiempo, Andrés constituye un ejemplo de erudición, saber y enciclopedismo, en el que sus intereses hacia las humanidades y las letras se combinan con las novedades que exhibe el campo de las ciencias. Ejemplo significativo del prestigio y reconocimiento del que el ignaciano gozó en los últimos decenios del XVIII en la Italia del periodo, son las palabras que ha dejado estampadas Leandro Fernández de Moratín en su *Viaje a Italia*, al recordar que en los últimos años de la centuria nadie salía «de Mantua sin haber visto [antes] al abate Andrés [...] célebre ya por su obra de la literatura universal» (1991: 560).

Como ha observado Borsò, «su concepción “sociohistórica” de la historiografía y el relativismo historicista, que son el eje del cotejo de las épocas, llevan a Andrés a posiciones ponderadas y moderadas dentro del debate de los antiguos y los modernos» (2002: 134). El ambicioso proyecto literario andresiano, plasmado en su obra clave *Dell'origine, progresso e stato attuale di ogni letteratura* (1782-1799), constituía una respuesta y una alternativa a la *Encyclopédie* francesa, formulada desde una posición católica tolerante y reformista que se propuso dialogar con la cultura de las Luces (Giménez López, 2006: 530).

Superado el injusto silencio padecido por largos decenios, la crítica ha venido valorando en estos últimos lustros tanto la figura del erudito alicantino, en el contexto de la cultura europea de la Ilustración, como la importancia de su *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, subrayando los componentes innovadores que en cierto modo han sancionado la génesis de los modernos estudios comparados (entre otros Mestre Sanchis, 1980; García Gabaldón, Navarro Pastor y Valcárcel, 1997, I: LVI-XCVI; Arato, 2000; Aullón de Haro, 2002 y 2012; Fuente Fos, 2008; Quinziano, 2016: 34-37 y 2019; Guasti, 2017: 197-242; Mombelli, 2019: 35-44). El autor levantino plasma en esta ambiciosa obra de sistematización del saber, desde una perspectiva enciclopedista, una primigenia construcción de los horizontes del comparatismo cultural, esbozando un método de estudio

centrado en examinar el concepto de «literatura», con una acepción amplia que incluía las bellas artes, las letras y ciencia, en un abordaje totalizador, universal y evolutivo.¹

Su aspiración es formular un modelo arquetípico de síntesis cultural, de carácter universalista,² que incorpore los diversos campos del saber en una perspectiva unitaria de integración enciclopédica, abordando en primer lugar las «bellas letras», pero sin olvidar las ciencias naturales, exactas y eclesiásticas, lo que en cierto modo planteaba una crítica y superación del árbol baconiano (memoria: historia; imaginación: poesía; razón: filosofía y ciencia; Andrés, 1997-2002, I: 9). En este valioso esfuerzo asoman —aunque no siempre de modo acabado o articulado— referencias y reflexiones sobre algunos de los componentes que vertebran los estudios comparados, como los procesos que han ido configurando contactos e influjos interculturales, canales de recepción y penetración y asimilaciones literarias y culturales. Andrés enhebra su ambicioso proyecto apoyándose en el concepto de literatura en sentido globalizador, que había establecido la Ilustración y que en aquellos años asimilaba el término, no a toda expresión o producción de carácter creativo o imaginativo, sino al conjunto de actividades que empleaban la escritura como canal de expresión, asociado al concepto de cultura escrita, por tanto más próxima a lo que hoy concebimos como producción cultural y científica (poesía, filosofía, historia y campo científico). Será hacia finales de la centuria, como es sabido, cuando el significado del término «literatura» habrá de especializarse, restringiéndose a las obras literarias de reconocida calidad estética, esbozado ya en los *Éléments de littérature* (1787), de Marmon- tel, y en Madame de Staël, a partir de su *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales* (1801).

La concepción que se halla en la base de su estrategia cultural es la de incorporar las historias nacionales como parte constitutiva de una historia universal, por lo que su interés se halla centrado en desarrollar un análisis del progreso de las letras no por países o culturas, sino por géneros y períodos históricos (poesía general, poesía épica, poesía didascálica, poesía dramática, poesía lírica, romances). En este concepto extenso de «cultura literaria», que trata de dar cuenta del conjunto de saberes promovidos por el hombre en su devenir histórico, el pensamiento científico y las novedades que ha experimentado la ciencia moderna en los últimos decenios ostentan un lugar destacado, ocupando amplias páginas en su obra mayor.³

Si en varios textos el ilustre ignaciano fijó posición sobre las ciencias modernas, las novedades y los avances en este campo, así como sus vínculos con las letras y las artes en una perspectiva de saber unitario, es en la última parte del primer tomo de su obra maestra (Andrés, 1997-2002, I: 365-397), dedicada a explicar la situación de las artes y las ciencias en su siglo y los medios más idóneos para el avance del conocimiento, donde explica de modo más articulado y completo sus ideas. Andrés traza en estas páginas

1 Aullón de Haro recuerda que Andrés, «tanto por la sistematización histórica universal de las Ciencias y las Letras, como por la formulación de órdenes comparados evolutivamente [...], supera el mero y viejo método del establecimiento de paralelismos entre dos literaturas para entrar en un marco epistemológico comparatista que [...] le distingue como uno de los más adelantados forjadores de la Literatura Comparada» (2002: 17).

2 Andrés es plenamente consciente de las novedades que exhibe su proyecto cultural de carácter universalista y enciclopédico: «Mi intento —afirma en el *Prefacio*— tal vez demasiado temerario y atrevido, es dar una perfecta y cabal idea del estado de toda la literatura, cual no creo se encuentre en autor alguno. Tenemos infinitas historias literarias [...]; todas utilísimas para el adelantamiento de los estudios, pero aún no ha salido a luz una obra filosófica que, tomando por objeto toda la literatura, describa críticamente los progresos y el estado en que ahora se encuentra y proponga algunos medios para adelantarla» (Andrés, 1997-2002, I: 8).

3 Las diversas ramas hasta entonces conocidas del saber científico y sus progresos ocupan amplios capítulos —tomos VII, VIII y IX— de su obra enciclopédica (aritmética, álgebra, geometría, mecánica, hidrostática, náutica, acústica, óptica, astronomía, física, electricidad, química, botánica, historia natural, anatomía, medicina): ver Andrés 1997-2002, volúmenes IV y V.

una amplia exposición sobre los adelantamientos de la literatura y la ciencia, asociada estrechamente al concepto de «progreso». Refutando las posiciones de Tiraboschi, para quien —reelaborando la teoría de Boscovich— a diferencia de las letras y las artes, en el campo de las ciencias no es posible registrar procesos alternados de progresos y decadencia, sino solo de progreso sostenido—«una línea curva infinita, la cual no llega nunca a su más alta cima» (1822: 412), sin peligro por tanto de que se retroceda ni de que haya decadencia alguna—, Andrés, como recuerda Mombelli (2019: 93), «es muy crítico acerca de la confianza ingenua en un progreso infinito y lineal de las ciencias».⁴

Por otro lado, las ideas de decadencia y progreso en las artes y las ciencias en él se hallan íntimamente interrelacionadas. En sus *Orígenes, progresos y estado actual de toda literatura*, ya se plantea claramente en el *Prólogo* la noción de progreso del saber. El texto se halla orientado a ofrecer un «cuadro filosófico de los progresos que desde sus orígenes hasta el día de hoy en todos y cada uno de sus ramos [...] un retrato del estado en que se encuentra actualmente, desde una perspectiva, digámoslo así, de los adelantamientos que le falta [...]» (1997-2002, I: 8). La noción de progreso se erige en uno de los principios rectores de su obra monumental: indaga sobre sus avances en cada una de sus ramas, en distintas épocas y naciones, como así mismo sobre las causas que han determinado los avances y la decadencia, al tiempo que explicita sus ideas para el adelantamiento futuro en ambos campos (Aradra, 2019: 275).

No se olvide que unos años antes el erudito levantino había abordado los avances de la ciencia moderna en su temprano *Saggio della filosofia del Galileo* (1774), global reivindicación de la figura del célebre pisano y de su método matemático-experimental.⁵ Pocos años más tarde incursionaba nuevamente sobre las ciencias experimentales, al examinar la situación por la que atravesaba el saber científico en su disertación pronunciada con ocasión del ingreso a la *Accademia de las Ciencias y Bellas Artes de Mantua* en 1779, centrada en las razones que explicaban «los pocos progresos [...] que en estos tiempos se hacen en las ciencias» (1783: 5).⁶ En esta disertación académica, editada y traducida al español por su hermano Carlos (1783), Andrés explicita las causas de la decadencia de las ciencias: entre otras razones, hace hincapié en la falta de especialización que hace que muchos literatos y científicos experimenten en más campos del saber, en el abandono u olvido de los autores clásicos, a los que añade el lujo, tópico en los debates a lo largo del siglo y motivo de preocupación en los ilustrados, y la excesiva sociabilidad, que hurtaba tiempo al estudio y la investigación.

Su visión sobre la importancia y el adelantamiento de las ciencias modernas —preocupación por demás compartida por varios cofrades de la Compañía en el destierro— es posible rastrearla en estos textos, pero alcanzan una mayor articulación en los amplios capítulos, dedicados a la matemática, la física y las ciencias naturales que organizan su obra mayor (Andrés, 1997-2002; vols. IV y, parcialmente, V). En todo caso, todos ellos

⁴ Guasti observa que «para definir su idea personal de progreso aplicado al desarrollo de la cultura humana y, más en particular, a las disciplinas científicas, Andrés parece inspirarse no solo en el *Discorso [sopra il vero fine delle lettere e delle scienze, 1754]* de Genovesi, sino también en la *Lettre sur les progrès des sciences*, de Pierre-Louis de Maupertuis» (2019: 53, nota 26). Sobre los conceptos de decadencia y progreso en Andrés, se remite a los enjundiosos estudios de Scandellari (2009), Aradra (2019) y Mombelli (2019: 92-106).

⁵ En una carta a su amigo toscano Lorenzo Mehus, Andrés enfatiza la función pedagógica del texto destinada a los jóvenes: se refiere a la obra como «un'operetta fatta per facilitare ai giovani la lettura di quel grand'uomo, formando un corpo di dottrina di molte sue cose qua e là sparse, ed illustrando alquanto le scoperte da lui fatte o almeno abbozzate: essendo un libro pei i giovani riguardando un illustre toscano», *Carta a L. Mehus* (03-11-1783), en Andrés, 2006, I: 277.

⁶ Sobre estos dos ensayos pueden consultarse Guasti (2017: 147-164 y 2019), Mombelli (2019: 51-56), Scandellari (2009) y, especialmente para la disertación en la academia mantuana, Sánchez Rodríguez de León (2019), con muy perspicaces observaciones sobre el acceso al conocimiento y la configuración del método científico andresiano.

atestiguan el apasionado interés y la viva curiosidad que el abad levantino evidenció hacia la ciencia moderna y experimental, así como la atención que prestó a las novedades y los progresos registrados en este campo, acompañando esta inclinación por demás con perspicaces comentarios y útiles sugerencias para que España pudiese superar el atraso científico.

Ejemplo de este acusado interés que exhibió hacia los avances y adelantamientos de la ciencia moderna son también las privilegiadas relaciones de amistad intelectual que entabló con hombres de saber vinculados al campo de las ciencias naturales y experimentales, con quienes mantuvo un provechoso intercambio epistolar e intelectual, centrado en debates, reflexiones, solicitudes de información y difusión de nuevas publicaciones. Entre sus correspondientes, por citar solo algunos ejemplos de una amplia lista, destacan los nombres de los botánicos Domenico Nocca, director del Jardín botánico de Mantua, y de su compatriota Antonio Cavanilles, con quien cruzó numerosas cartas, los del naturalista y cartógrafo Alberto Fortis y Juan B. Muñoz, cosmógrafo y cronista de Indias. El copioso epistolario andresiano se halla salpicado de comentarios y anotaciones referidos a textos, autores y adelantos en campo científico: como ejemplo de este interés entusiasta hacia el saber, a sus interlocutores epistolares, entre otros temas, Andrés inquiriere sobre Buffon, alaba y comenta los estudios de física llevados a cabo en Bolonia por la profesora Laura Bassi, se interesa por el célebre gabinete de física experimental del británico Cowper en Florencia, elogia las aportaciones en el campo de la física y la historia natural llevadas a cabo por el andaluz Termeyer, etc. En cierto modo Andrés se inscribe en la corriente ignaciana que exhibió un notable interés y dinamismo ya desde el xvii por los adelantamientos en el campo de las ciencias: basta recordar, no solo la formación humanista, sino también de carácter científico recibida en los colegios de la Compañía, antes de su expulsión, así como el papel destacado que los ignacianos ejercieron en la promoción y estudio de la actividad científica en la España del siglo xvii, sobre todo en la recepción de los nuevos saberes relacionados con la astronomía, la física y las matemáticas (Navarro Brótons, 1997). Esta preocupación por el saber científico continúa a lo largo del xviii y en el exilio italiano es compartida por varios de sus *confratelli*: diversos estudios, recuerda Guasti, «dedicados a la tradición científica promovida en los siglos xvii y xviii por las élites culturales de la Compañía [...], han demostrado que también los jesuitas contribuyeron con sus obras y su labor docente a la «revolución científica»» (2009: 269), erigiéndose con toda probabilidad el newtoniano Ruggero Boscovich en uno de los ejemplos más significativos del saber científico de matriz ignaciana en la Europa del *Settecento*.

2. LAS *CARTAS FAMILIARES* Y EL SABER CIENTÍFICO

En Andrés la ciencia y el arte transitan, pues, caminos paralelos; no separados, como en cambio explicaba Tiraboschi y en cierto modo también Boscovich. Su reflexión acerca del progreso de ambas vertientes del saber es constante en toda su obra: para el autor aliantino, como se ha observado acertadamente, se establece «una relación dialéctica con la literatura en la que el lector construye o se construye sus propios referentes» (Rodríguez Sánchez de León, 2019: 145), en una perspectiva que prioriza el saber unitario. Sus *Cartas familiares* (1786-1793)⁷ desde esta perspectiva no constituyen una excepción, pudiéndose

⁷ Existen dos ediciones modernas de las *Cartas familiares*: una editada y dirigida por Pedro Aullón de Haro (2004b), de dos volúmenes, con un estudio introductorio muy completo, aunque deba lamentarse la presencia de un pobre aparato de notas aclaratorias y complementarias; existe otra edición, a cargo de Enrique Giménez López (2004a), con un fructífero estudio introductorio y ampliamente anotada, con útiles notas complementarias, sobre nombres, monumentos e instituciones. Se trata, sin embargo, de una edición incompleta, al haber visto la luz solo un

reconocer la importancia que el ex ignaciano asignó en su texto odepórico a describir las novedades y los adelantamientos en el campo de las letras, las artes y la ciencia.

El interés del autor hacia el saber científico se halla ampliamente reflejado en estas cartas viajeras, un conjunto de 40 epístolas, enviadas, no en la inmediatez de las vivencias del periplo por la península, sino tiempo después, desde su acogedora residencia mantuana del palacio de los marqueses Bianchi,⁸ a su hermano Carlos, afincado en Madrid. Las misivas son el fruto de los diversos viajes por la península italiana acometidos entre 1785 y 1791. Insertadas en el género de la literatura de viaje y acogiéndose a la fórmula del relato epistolar que —asociado a las innovadoras necesidades expresivas que promueven y a los nuevos intereses que exhibe la Ilustración— alcanzó su cima en el último tercio del dieciocho (Sánchez Espinosa, 2002; Arbillaga y Valcárcel, 2004: XVI-XXXV), el texto corrobora la perspectiva andresiana orientada a ofrecer una visión unitaria y universal del saber.

Si el principal propósito de estos viajes fue visitar y consultar los archivos, las bibliotecas y los museos de las ciudades italianas para completar y actualizar su obra monumental *Dell'origine, progresso e stato attuale d'ogni letteratura*, que en aquellos años se encontraba redactando, el *Grand Tour* le brindó la ocasión de disfrutar y asimilar el ingente patrimonio artístico y monumental que ostentaba la península, así como atestiguar los fermentos culturales y las novedades científicas que las mismas exhibían.⁹

La literatura de viajes en el dieciocho, de modo especial el viaje estético y cultural, como el andresiano, como hemos apuntado en otro lugar,

estableció un nuevo binomio España/Europa que fue modelando las bases del proceso de reinserción de la cultura española en los circuitos culturales europeos más avanzados [...]. La escritura que de estos textos se deriva, en la que no dejó de aflorar —como era posible prever— la dolorosa confrontación y desengañada comparación, se erige en motor de integración, en valioso instrumento de aculturación y vehículo de libre circulación de ideas (Quinziano, 2007: 335).

Los textos que nos han legado los exignacianos desterrados, como fruto de sus experiencias viajeras, atestiguan el buen conocimiento del mundo cultural italiano en el que se hallaban inmersos. Andrés y Lasalla, por poner otro ejemplo, plasman una descripción

único tomo, correspondiente al primer viaje andresiano (primeras once cartas referidas a Bolonia, Toscana y Roma). Se dispone por último de una meritoria edición italiana, editada y traducida por Maurizio Fabbri (2008-2011, 5 vols.). Para una aproximación al texto, se remite a los estudios introductorios de las citadas ediciones: Arbillaga y Valcárcel, 2004, I: XIII-CXIII, Giménez López, 2004: 9-190 y Fabbri, 2008, I: 7-25. Entre otros estudios pueden consultarse Ríos Carratalá (1992: 86-99); Sánchez Espinosa (2002: 268-286), Quinziano (2007: 360-367), Arbillaga (2011-2012) y el perspicaz capítulo de Guasti (2017: 242-286).

⁸ En su carta xv de las *Familiares*, Andrés escribe estar disfrutando en Mantua «los favores que me dispensan los Señores Marqueses Bianchi [...]. Bellísimo y magnífico cuarto, todo servicio, ningún cuidado y plena comodidad para mis estudios bastaba para contentar mis deseos, singularmente en mis circunstancias; pero esto es nada comparado con la amistad y confianza, y aun cariño y ternura que disfruto de este honradísimo Caballero, y de esta amabilísima Señora. Yo no soy forastero, no soy huésped, soy amigo, soy hermano [...]: vivo enteramente como uno de ellos, y estoy propiamente como en mi casa» (Andrés, 1786, I: 232-233).

⁹ Guiado por estos propósitos eruditos e instructivos, el abad alicantino efectuó tres viajes por la península: en torno al verano de 1785, entre junio y octubre, realizó su primer viaje, cuyo itinerario incluyó, entre otras ciudades, Ferrara, Bolonia, Florencia, Siena, Roma y Nápoles. Guasti enfatiza que la correspondencia andresiana corrobora que uno de los propósitos de este primer viaje fue el de promover su obra mayor, los *Orígenes*, en todos los contextos culturales que se propuso visitar (2017: 250), al que se añade también el interés por reforzar sus vínculos con la élite intelectual italiana, en primer lugar la Toscana. Tres años más tarde, en el otoño de 1788, emprendía su segundo viaje, en el que visitó los territorios de la República de Venecia y otras ciudades del Véneto, dominadas por los austríacos. Por último, en el verano de 1791, entre junio y agosto, tiene lugar su tercer y último viaje italiano, visitando el ducado de Parma, la Lombardía, el Piamonte de los Saboya y la Liguria. En razón de sus evidentes intereses eruditos y científicos, Arbillaga y Valcárcel conciben acertadamente a Andrés como «viajero urbano» (2004: XLVII).

«desde dentro», reflejando los puntos de vista de quienes se hallan en una situación privilegiada, al poder avalorar su doble condición de españoles de nacimiento e italianos de adopción. En el caso del abad levantino, más que de *extrañamiento* y *exilio*, en virtud de su asombrosa capacidad de inserción en los ambientes culturales de mayor prestigio que exhibe la península y de la estimación del que era destinatario entre los hombres de saber del tiempo, habría que hablar más bien de integración y asimilación cultural, constituyendo Andrés uno de los ejemplos más significativos del sincretismo hispano-italiano de los últimos decenios del Setecientos y primeros del siglo XIX.

Como la mayoría de sus compañeros de religión afincados en la península, Andrés explicita a lo largo de estas cartas viajeras su más viva admiración hacia la cultura italiana que lo ha acogido. El erudito salmantino atestigua esa doble condición de español e italiano, integrado como hemos observado, «en la cultura italiana que lo ha acogido, pero que no ha olvidado sus orígenes y su pertenencia a la cultura española, a la cual permaneció ligado hasta sus últimos días» (Quinziano, 2007: 360).

A diferencia de muchos de los modelos epistolares asociados al género de la literatura de viajes en boga en la centuria, el texto andresiano carece de la subjetividad que suele caracterizar al sujeto emisor y ofrece un viaje estático y circular (Arbillaga y Valcárcel, 2004: XLV-XLVI). Su periplo carece de la movilidad que denota el género odepórico, siendo su lugar de emisión —además de lugar de partida y llegada—, la ciudad lombarda de Mantua, donde el autor residía al servicio de los marqueses Bianchi, como preceptor de sus hijos. Al comentar sus periplos, Andrés «relata los desplazamientos, aclarando las rutas seguidas, recapitulando y adelantando información de los lugares visitados, con analepsis y prolepsis» (Arbillaga Guerrero, 2011-2012: 243). En el provechoso estudio introductorio que acompaña la edición moderna del texto andresiano, nuevamente Arbillaga, juntamente con Valcárcel, enfatiza el rol pionero de la obra, al afirmar que el abad alicantino redactó «si no exactamente la primera obra española de un viaje italiano, sí la inaugural del género propiamente dicho del «viaje de Italia» en las literaturas de lengua española, la primera publicada y la más singular y notable» (2004: XXXV-XXXVII). Por su parte, Fabbri ha enfatizado el valor de las *Cartas*, considerando que en su conjunto ofrecen una amplia y atenta visión de la sociedad italiana de finales del dieciocho, al tiempo que su prosa se impone gracias a «la elegancia estilística y a la variedad de intereses, a la agudeza de sus análisis, a la docta competencia del autor a la hora de afrontar los temas más diversos» (2000: 128).

Si la motivación del viaje se halla vinculada a la intención de recopilar y ampliar el material para su obra mayor, la decisión de redactar un informe detallado de su itinerario italiano, según el *Prefacio* de su hermano Carlos, se debe a una solicitud suya, deseo por conocer las bellezas artísticas y las riquezas monumentales y bibliográficas de la Italia del periodo. Ahora bien, como recuerda Sánchez Espinosa (2002), el propósito de «hacer pasar esta correspondencia por una correspondencia familiar real» constituye un «mero artificio literario» del autor. Guasti resalta por su parte la voluntad del erudito alicantino de escribir un diario de viaje, ya desde los inicios de su *tour* italiano: más allá de los apuntes referidos a recabar informaciones bibliográficas para completar sus *Orígenes*, las cartas viajeras demuestran que el autor a lo largo de su periplo «aveva sistematicamente preso appunti e che tali note non contenevano esclusivamente le informazioni bibliografiche ed antiquarie necessarie per la redazione dei volumi dell'*Origine*, ma anche per le possibili pubblicazioni del suo diario di viaggio» (2017: 243-244).¹⁰ No sorprende, como recuerda,

¹⁰ Coincidimos en dicha perspectiva con Guasti, quien descarta toda improvisación o prisas en la redacción de sus *Cartas*; éstas deben ser concebidas en cambio como expresión de una precisa estrategia cultural *bifronte*, con

una vez más el acreditado hispanista (2017: 244, nota 152), que las dos obras —las *Cartas* y la versión española de los *Orígenes*— dialoguen entre sí, no solo por las coincidencias de autores y textos, a las que ambas aluden, sino también debido a las acotaciones del editor español, quien a través de varias notas añadidas a pie de página, dialoga —citándola en varios pasajes— con la obra mayor de Andrés.

Las misivas tienen en principio como destinatario único a su hermano Carlos, quien las edita, declarando la intención de divulgarlas y comunicarlas a «parientes y amigos» (*Prefacio*, en Andrés, 2004a: 5). Se ha comentado antes que las cartas andresianas son en verdad artificialmente «familiares», y en efecto los verdaderos destinatarios son las élites españolas, en especial la nobleza, a quien Andrés achaca gran parte de la responsabilidad del atraso científico y cultural que padece la nación. Por tanto, las misivas, por su contenido y su utilidad social y cultural, devienen, sin solución de continuidad, en cartas públicas, dirigidas al lector español. Ello comportó que, en esta ocasión, a diferencia de lo que había acontecido con otras obras suyas, en las que había priorizado el italiano como lengua vehicular, en función de una manifiesta estrategia socio-cultural orientada a dialogar con el mundo cultural italiano y los círculos peninsulares, Andrés optase en cambio por redactar sus cartas viajeras en español. Consciente de que el principal interlocutor de sus cartas odepóricas eran las élites ilustradas y la nobleza de su país, el autor expresó siempre un claro desinterés en que las mismas fuesen volcadas al italiano. Como muchos de sus *confratelli* en el exilio, Andrés optó por priorizar el uso de la lengua italiana o española en sus textos —adaptando también sus traducciones— según los distintos destinatarios a los que se dirigía. Como explica el mismo erudito de Planes en una misiva de mediados de marzo de 1788 al florentino Giulio Perini,

della ristampa, o della traduzione o stampa italiana delle mie *Lettere* non ho molto motivo di compiacermi, perchè essendo state realmente scritte famigliarmente per mio fratello e pei i miei, ed essendo poi là stampate per gli spagnoli, non posso compromettermi che siano per incontrare il genio degli italiani più pratici e più intelligenti (Andrés, 2006, 1: 563).¹¹

Sin cuestionar su pertenencia al género epistolar, Sánchez Espinosa resalta la hibridez del texto, al señalar que las cartas andresianas son el resultado «en buena medida, [de la] reelaboración de materiales previos, esto es, de verdaderas cartas a su hermano», a las que se añaden «apuntes, diarios, catálogos de bibliotecas, informes detallados sobre diversas instituciones culturales proporcionados por intelectuales amigos» (2002). La limitada descripción del paisaje, las contadas alusiones a las costumbres y tradiciones de las regiones, aunadas a una acotada individualidad subjetivadora del sujeto emisor, ha llevado por su parte a algunos estudiosos a poner en discusión la misma pertenencia de las *Cartas* andresianas al género de la literatura de viajes. Así por ejemplo Ríos Carratalá advierte que «la función crítica propia de un relato de viajes es ejercida muy moderadamente» (1992: 93), al tiempo que enfatiza que las impresiones y las emociones personales del viajero presentes en el texto son más bien acotadas, al igual que sus alusiones al paisaje y la naturaleza, poniendo el acento en el carácter eminentemente divulgador e instructivo de

la diferencia que en esta ocasión, el principal destinatario era el lector español y no, como había acaecido con las precedentes obras suyas, el italiano (2017: 247).

¹¹ Las *Cartas* fueron traducidas al italiano, solo muy fragmentariamente, por Francesco Testa en 1825 (*Branno di Lettera dell'Abate Giovanni Andres sopra la città di Vicenza*, Treviso, Andreola Tipografo). Este desinterés en volcar el texto andresiano al italiano explica que solo muy tardíamente, desde hace pocos años, se dispusiese de una muy meritoria traducción y edición italiana completa, en cinco volúmenes, editada por Fabbri (2008-2011).

la obra. En dicha perspectiva concluye que «a diferencia de un Moratín que tantos y tan heterogéneos ambientes supo captar en su viaje por Italia, las *Cartas familiares* se limitan, salvo en esporádicas ocasiones, al mundo intelectual —amplio en sí mismo— de un erudito dieciochesco» (1992: 95). Coincidimos en el carácter erudito, selectivo y especializado que domina el texto andresiano, que relega otros aspectos relevantes de la retórica del viaje, como la subjetividad y la emoción o reacción del sujeto enunciador ante el paisaje y la naturaleza. Aun así, como hemos apuntado en otro lugar, «somos de la opinión que el texto pertenece plenamente al género de la literatura viajera, puesto que son el fruto de la experiencia personal del autor en su condición de viajero y testigo de un itinerario [...] no elegido al azar, sino intencionadamente fijado en función de sus propósitos estéticos, eruditos y divulgadores» (Quinziano, 2007: 365-366).

La crítica ha enfatizado la centralidad que el ilustre viajero, fruto de su afición bibliófila, asignó en el texto al mundo de los libros, los manuscritos y códices, así como a describir las bibliotecas públicas y privadas más abastecidas (Lo Vasco, 1940; Sánchez Espinosa, 2002; Arbillaga y Valcárcel, 2004: LXV-LXXVII). Sin desmerecer esta pasión libresca, que Andrés exhibió a lo largo de su itinerario vital, las *Cartas* conceden un espacio no menor a describir y comentar los progresos alcanzados en el campo de las ciencias modernas, evidenciando su claro propósito en divulgar entre los españoles los avances científicos que experimenta la Italia del *Settecento*. El texto andresiano se halla salpicado, en efecto, de comentarios y apuntes referidos a textos, autores, inventos, adelantos y aportaciones en campo científico, organizados en torno a la figura de la *enumeratio*. Abundan en dicha perspectiva, siguiendo un procedimiento centrado en la «elipsis declarada» a través de un «mecanismo selectivo tanto de lugares como de objetos de éstos» (Arbillaga y Valcárcel, 2004: XLVIII), los pasajes en los que el viajero se ocupa de registrar con eficiencia inventarial las novedades que ostentan las ciencias naturales y experimentales en la Italia del periodo, así como aquéllos orientados a enfatizar los modelos de promoción y divulgación más eficaces, asociados a los nuevos mecenazgos llevados a cabo por los poderes públicos y la nobleza italiana.

3. PROGRESO Y CIENCIA MODERNA EN TOSCANA: MECENAZGO, ORGANIZACIÓN Y PROMOCIÓN DEL SABER CIENTÍFICO

3.1. *Cultura y ciencia en Toscana: elogio de la «Moderna Ática»*

Al recordar su viaje a Florencia en julio de 1785, Andrés evoca los «20 días felices que había gozado en ella» (Andrés, 2004a: 339), en compañía de su amigo, el ex ignaciano Antonio Conca, refundidor al italiano del *Viaje* de Ponz (Batllori, 1966: 547-572). Las amplias páginas referidas a su visita al gran ducado —como etapa fundamental de su primer viaje por la península, entre junio y octubre de 1785, y que de Mantua lo llevó a recorrer, entre otras, las ciudades de Bolonia, Florencia, Siena, Roma y Nápoles—, constituyen un ejemplo emblemático de los propósitos instructivos y eruditos que guían su periplo.¹²

En las casi tres semanas que se extendió su *tour* por Toscana, cuyos itinerarios plasmó en las cartas 3, 4 y 5 del primer volumen (Andrés 2004a: 239-343), el viajero manifiesta

¹² El valor utilitario e instructivo de la obra fue explicitado, por demás, por el censor que aprobó su publicación en España, el botánico Casimiro Gómez de Ortega: en su informe de agosto de 1786, sin obviar la incómoda comparación con la realidad cultural y científica italiana, puso de relieve que consideraba las *Cartas* «oportunas para despertar la afición de los conocimientos útiles, y curiosos, que distinguen a las Naciones más cultas de las que no lo son tanto» (en Guasti, 2017: 242-243, nota 148; véase también Sánchez Espinosa, 2002).

toda su admiración hacia lo que él concibe como la más «hermosa porción de la más bella parte de Europa» (2004a: 240). Si la ciudad de Bolonia, visitada pocos días antes, lo había impresionado muy favorablemente, mucho más maravillado queda el viajero ante el patrimonio artístico y cultural que ante sus ojos exhibe la «moderna Ática» (Andrés, 2004a: 239). La Toscana destaca por el ingenio de sus habitantes y su preciado legado cultural, imponiéndose por «la viveza, el ingenio, la elegancia, la urbanidad» de sus habitantes, erigidos en «verdaderos Atenenses» (Andrés, 2004a: 239).¹³ De regreso a Mantua, evoca en una misiva a su amigo Mehus, fechada a inicios de octubre de 1785, las atenciones y gratificaciones cosechadas durante sus días en Florencia. Al ser preguntado por el viaje por sus amigos y los mantuanos, confiesa que «Firenze particolarmente ha fissati i miei discorsi: l'infinita rarità letterarie in ogni genere, la cultura e la cortesia degli abitanti, l'ottimo ordine e saggio provvedimento in tutto [...] meritano da tutti i maggiori elogi» (Andrés, 2006, 1: 388).

Esta admiración fue gestándose también a partir de los vínculos de amistad intelectual y epistolar que el abad entabló con exponentes destacados de la intelectualidad toscana, en especial Lorenzo Mehus, Angelo Maria Bandini y Giulio Perini, quienes —como verdaderos *cicerones*— le guiaron en su recorrido por las calles y monumentos de Florencia, le facilitaron el acceso al ingente patrimonio bibliográfico depositado en las bien abastecidas bibliotecas de la ciudad y lo introdujeron en los círculos de las élites intelectuales de la capital toscana. La crítica ha resaltado la habilidad e inteligencia del ignaciano levantino en integrarse a los ámbitos de sociabilidad cultural y en plasmar un diálogo constructivo con la *intelligenzia* toscana (Guasti, 2006: 293-328; Guasti, 2009: 266 y ss.). Como ejemplo de esta activa red de sociabilidad y amistad intelectual que Andrés estableció, en este caso orientada a entablar un diálogo fructífero con los intelectuales toscanos,¹⁴ es posible reconocer algo más de 160 misivas enviadas por el ignaciano a los tres eruditos toscanos, quienes se erigen en verdaderos mediadores culturales para el abad. La correspondencia con Mehus constituye sin duda la más importante y prolífica de todas ellas: entre abril de 1783 y diciembre de 1797, Andrés habrá de enviarle al filólogo y bibliotecario 85 misivas; a Perini, secretario de la *Reale Accademia* florentina se hallan destinadas en cambio algo más de 50 (entre octubre de 1785 y julio de 1797), mientras que a Bandini, prefecto de la biblioteca Marucelliana y sucesivamente de la Laurenziana, el epistolario andresiano registra apenas unas 25 misivas como destinatario, correspondientes al periodo entre mayo de 1786 y junio de 1795 (Andrés, 2006, 3 vols).

Ya unos años antes de su viaje a Florencia, Andrés había dado indudables muestras de su voluntad de entablar un diálogo activo con las élites intelectuales del gran ducado. Como anota Guasti, uno de los propósitos del ilustre viajero fue el de apuntalar las rela-

¹³ Esta fascinación hacia la cultura y el ingenio de los toscanos se proyecta también a sus ciudades, en especial Florencia. A evocar su arquitectura y trazado urbano, Andrés exclama: «¡Qué cosa tan bella es Florencia con sus calles generalmente derechas, anchas y bien enlosadas, con casas y edificios de buena arquitectura, y muchos de ellos soberbios!» (2004a: 241). Para las impresiones del viaje al gran ducado de Toscana, se remite a los estudios de Giménez López (2004: 55-110 y 2006) y Guasti (2017: 253-257), con perspicaces observaciones sobre las novedades culturales y científicas y la asimilación de las mismas por parte del viajero español.

¹⁴ A este respecto, Guasti anota con acierto que los ex ignacianos «scelsero di dialogare con contesti italiani diversi [...] a cominciare dalla Lombardia di Maria Teresa e Giuseppe II e dal Gran ducato di Toscana di Pietro Leopoldo— accettando quegli elementi della nuova filosofia razionalista e della cultura riformatrice che potevano conciliarsi con la religione cattolica» (2017: 87). El decidido interés de Andrés en priorizar su vínculo con el ambiente toscano reconocía también razones de oportunidad política: como indica una vez más Guasti, hasta 1785 el representante de la monarquía española en el gran ducado era Francisco A. Moñino, hermano menor del conde de Floridablanca, sucesivamente reemplazado por su sobrino Francisco Salinas y Moñino: vincularse al contexto político y cultural toscano significaba garantizarse la existencia de un canal directo, tanto con la corte como con el gobierno de Madrid (2017: 249).

ciones personales y al mismo tiempo estrechar nuevos contactos en el contexto cultural toscano, en primer lugar con los bibliotecarios y académicos de la ciudad del Arno (2017: 247). A partir de 1783, y hasta los inicios de los años '90, especialmente Mehus, Bandini y Perini se erigen en privilegiados interlocutores y colaboradores del jesuita alicantino (Guasti, 2006: 293-328). De los tres eruditos citados, antes de emprender su periplo toscano parece ser que Andrés mantenía estrechos vínculos epistolares solo con Mehus —de este interlocutor florentino como destinatario nos han llegado cartas anteriores a mediados de 1785—. Sin embargo, algunas misivas enviadas al filólogo toscano, como la datada entre el 19 y 22 de julio de 1784, corroborarían la existencia también de un temprano vínculo personal con Perini (Andrés, 2006, I: 298), gracias al amigo común de ambos, el ex ignaciano Conca. En una carta fechada el 21 de abril de 1785, Andrés le anticipa a Mehus su próximo viaje a Florencia para el inicio del verano: «mi metterò in viaggio, ma trattenendomi qualche giorno in Ferrara e in Bologna non giungerò a Firenze che in giugno, e avrò il piacere d'abbracciare il chiarissimo signor abate Mehus, che tanto stimo e rispetto» (2006, I: 345). El erudito florentino constituye sin duda una autoridad y un sólido punto de referencia para Andrés, quien le solicita constantemente opinión sobre varios temas, así como la revisión de su obra, en primer lugar los volúmenes —publicados o en redacción— de los *Orígenes* (Andrés, 2006, I: 274-275).

Su admiración hacia la historia, el ingenio y la cultura de la Toscana acaba desplazándose hacia su gobernante, el gran duque Pietro Leopoldo (1747-1792),¹⁵ de quien el ignaciano alaba tanto su competencia en el ejercicio del buen gobierno como su virtuosa política de promoción científica y de reforma cultural y educativa (Wandruzska, 1965 y 1968; Pasta, 1996). De Pietro Leopoldo, temperamento empírico y práctico, modelo de príncipe iluminado y ejemplo virtuoso del mecenazgo público en la Europa del dieciocho, Andrés enfatiza el activo rol de su política reformista, centrada en la organización y promoción de saberes (museos, gabinetes, observatorios, academias, bibliotecas, etc.), prosiguiendo la rica tradición que la Toscana —cuna del Renacimiento europeo y promotora de una sólida cultura científica en el xvii (Andrés, 1997-2002, I: 281-2)— había exhibido en los albores de la modernidad.

En una carta dirigida a Perini, de finales de febrero de 1790, casi un lustro después de su visita de Florencia, Andrés alude al gran duque como «Príncipe acostumbrado a la paz y al gobierno tranquilo en el seno de las artes y la industria» (2006, II: 653; la traducción es mía). Antes de su viaje a Florencia, a través de una misiva de setiembre de 1783, Andrés ya había procurado entablar vínculos con los soberanos toscanos: en dicha ocasión le hace llegar al gran duque, una vez más por medio de su amigo Mehus, un ejemplar del *Saggio della filosofia del Galileo*, y a su consorte, la infanta María Luisa de Borbón, hija de Carlos III y de María Amalia de Sajonia, su opúsculo sobre la defensa de la literatura española sobre la corrupción de la literatura en el siglo xvii (Andrés 2006, I: 274 y 276, respectivamente). Unas semanas más tarde, en octubre de 1783, vuelve a insistir ante Mehus en su propósito de enviar su obra a los grandes duques, «si a su Alteza Real le agradasen mis obritas, con la aprobación de Vuestra Ilustrada Señoría, yo le haré llegar [...] las mismas por algún medio seguro» (Andrés, 2006, I: 275; la traducción es mía), erigiéndose Mehus

¹⁵ Pietro Leopoldo de Lorena ejerció como soberano toscano entre 1765 y 1790, cuando, al fallecer ese año su hermano José II de Habsburgo y él estar vinculado dinásticamente al Imperio Austro-Húngaro —había nacido en Viena y era hijo de los emperadores María Teresa de Habsburgo y Francisco I de Lorena— heredó el título de Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y rey de Hungría y Bohemia, cargos que ejerció tan solo dos años, al fallecer en 1792. Sobre el gobierno de Pietro Leopoldo existe una copiosa bibliografía; aquí tan solo se indican el texto canónico de Wandruzska (1968) y la más reciente monografía de Listri (2016).

—antes de su viaje a Toscana— en privilegiado intermediario, tanto con la corte como con el mundo político y cultural florentino.

En estas amplias páginas Andrés enfatiza el prestigio del que goza el gobierno del gran duque en el panorama cultural de la península, evocando con orgullo haber sido presentado personalmente a Pietro Leopoldo.¹⁶ El gobernante toscano, además de haberle «recibido con mucha humanidad» —enfatiza Andrés con una buena dosis de vanidad, al evocar su breve visita a la ciudad de Arno al regreso de sus estancias en Roma y Nápoles—, «ha tenido la bondad de acordarse de mí y honrarme con expresiones de algún aprecio» (Andrés, 2004a: 338).

El verdadero clímax de la estancia florentina del expulso alicantino se produce hacia mediados de julio de 1785, cuando es introducido en la corte para entrevistarse con la gran duquesa (2017: 256), quien, evoca Andrés, le hace llegar todo su aprecio por la publicación del primer tomo de sus *Orígenes*, que «había tenido la paciencia de leer todo [...] y la bondad de honrarlo con su soberana aprobación y con sus elogios tan dignos de ser apreciados» (Andrés, 2004a: 337). A su regreso del viaje a Roma y Nápoles, en octubre de 1785, el ilustre viajero vuelve por unos breves días a Florencia, reuniéndose nuevamente con María Luisa de Borbón. En esta ocasión se halla acompañada por el gran duque, encontrándola el abad «humana, afable, tan llena de bondad y clemencia» (Andrés, 2004a: 337), como la primera vez. En este segundo encuentro, enmarcado en esta paciente estrategia de autopromoción y autolegitimación iniciada años antes y dirigida a divulgar su obra en los ambientes culturales y en las redes de sociabilidad más prestigiosas de la Italia del *Settecento* (Guasti, 2017: 257), Andrés recibe el agradecimiento de la gran duquesa por el envío de los primeros dos tomos de su obra mayor, que el autor había reiteradamente solicitado al representante bodoniano Handwerk (Andrés 2006, 1: 376 y 383), y el primero de la edición española, a cargo de su hermano Carlos, que había visto la luz un año antes.¹⁷

Aunque los testimonios de los que se disponen señalan que el Príncipe toscano —poco disponible a la sociabilidad, obligado a disimular en el seno del formalismo de la corte y a luchar vigorosamente para emanciparse de la tutela de su madre— no gozó especialmente del fervor popular entre los súbditos italianos, su ambiciosa política de reformas llevó al gran ducado a un alto nivel de prosperidad material, sancionando un nuevo florecimiento cultural. Los cinco lustros de su gobierno, entre 1765 y 1790, se inscriben «ai livelli più alti del riformismo europeo, entro un contesto largamente toccato dai fermenti illuministi» (Pasta, 2015). En el campo jurídico, por ejemplo, la abolición de la pena de muerte, la primera en tiempos modernos, así como la prohibición de los tormentos, anticiparon los profundos cambios que luego reconocerían las reformas de los códigos penales y la jurisprudencia en general de las naciones europeas más avanzadas.

De sólida formación cultural —su instrucción recayó en Franz von Thurn-Valsassina y en el trentino Karl Anton von Martini, profesor de la Universidad de Viena—, el soberano toscano, entre otras lenguas, dominaba perfectamente el latín y el francés. Sin embargo, más que a los estudios humanísticos, se hallaba más inclinado —y dotado— hacia las

¹⁶ Andrés mantenía hacia unos años un importante vínculo epistolar con el ex jesuita Sigmund Anton Hohenwart, preceptor de los hijos de los soberanos toscanos por voluntad de la emperatriz María Teresa de Austria; muy probablemente Hohenwart ha sido quien le habría facilitado el acceso a la familia de los Lorena. A su regreso del primer viaje por la península, en una carta a Mehus de principios de noviembre de 1785, Andrés le recuerda y le envía recuerdos por intermedio de su amigo florentino: «La prego di fargli tanti i miei complimenti [a Hohenwart] e dirgli che sono qui a piè fermo, [...] desiderando l'onore de' suoi comandi» (Andrés, 2006, 1: 389).

¹⁷ Como es posible verificar, no son pocas las diferencias que reconoce la edición bodoniana de los *Orígenes* en italiano y la versión española editada por su hermano Carlos para los tipos de Sancha: a este respecto véase Guasti, 2017: 201-202.

ciencias experimentales, la geografía y las matemáticas. En campo científico, como se ha observado, las matemáticas y la química constituyeron para el gran duque «per tutta la vita una passione legata ai saperi “utili”» (Pasta, 2015). A este respecto, como ejemplo de la pasión que el soberano nutrió hacia las ciencias modernas y los saberes experimentales, en una misiva de mediados de agosto de 1784 Andrés le comenta a Mehus que Pietro Leopoldo, pasando por Padua, de regreso a Florencia, dejó de lado algunos compromisos y «cercò subito e unicamente del professore d'algebra [Giovanni Battista] Nicolai [...] creatore di una nuova epoca in matematica» (2006, I: 300).

Ruta advierte que para el gran duque la formación cultural es lo que se halla en la cima de sus prioridades y «attraverso essa, l'educazione civile, politica, sociale ed economica del popolo, alla quale quella religiosa e morale devono tendere» (1979: 198). Wandruszka enfatiza por su parte como la «biblioteca ideal» de Pietro Leopoldo incluía todas las más importantes publicaciones de la corriente de la Ilustración europea (1965: 184-185). La mayoría de las disposiciones de carácter reformista llevadas a cabo por el gran duque en los diversos campos, en efecto, como en el de la instrucción, la religión, el fiscal, el político o el jurídico reconocen su expresión y alcances más significativos a través del nexo, indirectamente efectivo, entre las coordenadas fijadas por la Ilustración europea y el reformismo del gobernante toscano. Desde este mirador, el reformismo leopoldino — incluso en el campo de las reformas eclesiásticas acometidas por la corriente jansenista de Scipione de' Ricci en pos de una iglesia nacional toscana (Wandruszka, 1968: 494-505)— no debe ser concebido como la manifestación de ideas originales autónomas, sino como el fruto de la «sapiente mediazione operata dallo stesso Pietro Leopoldo» (Ruta, 1979: 202) entre el realismo y el sentido práctico de los toscanos y la nueva perspectiva de sociedad que promueve el pensamiento de las Luces.

3.2. *Bibliotecas, universidades, observatorios: estudio, formación y promoción del saber*

La pasión libresca y el deseo de acceder a códices y manuscritos para completar sus *Orígenes, progresos y estado actual de toda literatura*, lo lleva a priorizar las visitas a algunas de las bibliotecas y archivos más abastecidos de la capital toscana (Giménez López, 2006: 494-504). La *Laurenziana*, de carácter pública, concentraba la mayor cantidad de manuscritos, por disposición del gran duque toscano, muchos de ellos procedentes de la *Magliabechiana*. Leandro Moratín recuerda en su *Viaje a Italia* que la Laurenziana albergaba unos 400 volúmenes (1991: 204). Al mencionar la biblioteca pública, que ha enriquecido su patrimonio bibliográfico gracias a «las manos del granduque» (270), el erudito de Planes recuerda haber estado allí varios días —«5 o 6 mañanas he pasado en aquella biblioteca»— consultando códices y «preciosos y raros manuscritos» (2004a:270).

Bien conocida es la pasión bibliófila que exhibió Andrés, quien transcurre largas horas buceando a través del considerable patrimonio de códices y manuscritos, como la *Marucelliana*, abierta al público en 1752 y a cuyo cargo se encuentra su amigo Bandini, o la *Riccardiana*, que el abad levantino visita con su amigo Mehus. Es, sin embargo, la *Magliabechiana*, debido al ingente caudal de obras y documentos de carácter científico allí depositados, procedente gran parte del fondo personal de unos 30.000 volúmenes que dejó como legado Antonio Magliabecchi, bibliotecario de la Palatina bajo Cosme III, la que reviste especial interés para Andrés (Giménez López 2006: 495-499). En esos mismos años, fruto del esfuerzo e iniciativa del prefecto Perini, a cargo de la *Magliabechiana*, su fondo —estimado por Andrés en unos 100.000 volúmenes— se acrecienta notablemente, al nutrirse de nuevos títulos, sobre todo de carácter científico, relacionados a las matemáticas, la física y medicina.

El viajero manifiesta toda su admiración ante este caudal de textos y valiosos manuscritos y agradece poder acceder a ellos, gracias a la gentileza y facilitaciones de su amigo Perini. Así por ejemplo recuerda algunas obras científicas que había podido consultar, como el *Liber Abacci* (1202), célebre tratado del matemático Leonardo de Pisa (conocido también por su apodo, Fibonacci), y las memorias de la otrora prestigiosa *Accademia del Cilento*, con los adelantos registrados por sus socios en el campo de la física y las matemáticas, sin olvidar otras «muchísimas circunstancias particulares pertenecientes a Galileo, Torricelli y a los otros físicos y matemáticos toscanos de aquellos tiempos» (Andrés, 2004a: 262); materiales que sucesivamente habría de utilizar para completar algunos capítulos y apartados de su obra mayor.

La elección de visitar en primer lugar la *Magliabecchiana*, «el mismo día que llegué [a Florencia]» (Andrés, 2004a:258), se explica por la deuda contraída con su amigo Perini. La biblioteca reviste además un especial interés para nuestro jesuita: admirador confeso de la obra y del método experimental de Galileo Galilei, en sus estantes se hallan depositados, celosamente custodiados, más de 330 manuscritos del afamado científico pisano. No se olvide que Andrés había publicado unos años antes, en 1776, su *Saggio della filosofia del Galileo*, estudio clave y muy apreciado por Tiraboschi y al que alude también en estas páginas dedicadas a Florencia.¹⁸ Tres años más tarde veía la luz el breve opúsculo *Lettera di dimostrazione del Galileo* que —insertada en su estrategia de autopromoción ante las élites culturales italianas (Guasti, 2019: 163)— habría de garantizarle la incorporación a la *Accademia delle Scienze e Belle Arti de Mantua*.

En el *Saggio*, siguiendo los comentarios vertidos precedentemente por Genovesi y Algarotti, el alicantino sanciona a Galileo como uno de los fundadores de la ciencia moderna (Guasti, 2019; Mombelli, 2019: 51-56). Andrés enfatiza los méritos del físico toscano, como fundador de nuevas ramas del saber científico, inventor de varios instrumentos científicos y autor de importantes descubrimientos en el campo de la astronomía, al tiempo que resalta su labor en pos del desmantelamiento de la escolástica, estableciendo la primacía de su método experimental basado en el análisis de la naturaleza, la observación y experimentación (Rodríguez Sánchez de León, 2019: 138-139). Su propósito es el de recuperar y reivindicar el rol del científico toscano desde la visión de la Compañía de Jesús, en busca de una perspectiva epistemológica que aúne fe y razón y que logre, desde una posición reformista moderada, ofrecer una respuesta ecléctica a los planteamientos de los *philosophes* (Guasti, 2017: 156-158). Para ello su propuesta es la de asimilar aspectos del mundo de la Ilustración, con quienes comparte la visión progresista del saber, colocando la centralidad en el método experimental y atendiendo a los adelantamientos que registra la ciencia moderna, cuyas leyes son explicadas gracias a la razón y los sentidos. En dicha perspectiva el ignaciano asevera que el método de Galilei

consiste en considerar los hechos de la naturaleza, observarlos detalladamente y seguir atentamente sus huellas, con el fin de establecer los principios que la naturaleza, a través de una serie de hechos, nos presenta, y no [los principios] que una caprichosa fantasía pretende imponer a la naturaleza (Andrés, 1776: 6).¹⁹

¹⁸ Al aludir a la posibilidad de una nueva reimpression del *Saggio* a Galileo, señala la riqueza de los manuscritos del físico pisano allí depositados, afirmando que «no dejaría de aprovechar[se] cuanto pudiese de aquellos manuscritos» (Andrés, 2004a: 263).

¹⁹ Seguimos aquí la traducción de la cita procedente de Mombelli, 2019: 53. Sobre el método científico andresiano y a la escuela galileana resultan muy perspicaces las páginas que le dedican Guasti 2019 y Rodríguez Sánchez de León, 2019: 125-139.

Las innovaciones metodológicas que Andrés percibe en los escritos del físico pisano confirman su primacía en el campo de las ciencias experimentales, puesto que las mismas —subraya— son anteriores a las novedades introducidas por Descartes, Leibnitz y Newton (Guasti, 2017: 153-154 y 2019: 47-49), habiéndose por tanto anticipado a todos ellos. Su admiración hacia Galileo, como referente esencial en el campo de las ciencias modernas, y la identificación con su aparato metodológico, se debe sustancialmente al hecho de que el toscano sanciona en su obra «esa unión de humanismo, tradición clásica y nuevas ciencias empíricas que está en la base del ambicioso proyecto epistemológico universalista andresiano» (Mombelli, 2019: 52). No asombra de ningún modo, en dicha perspectiva, el interés que Andrés demuestra hacia la valiosa labor, acometida en pos del progreso científico, por la *Accademia de Cimento*, donde la impronta del método y de las enseñanzas de Galileo y su escuela moldearon tanto el prestigio como los avances que en su breve vida registró la afamada institución florentina.

En esta misma línea tampoco sorprende, al abordar Andrés los estudios impartidos en la Universidad de Pisa, la pormenorizada enumeración de profesores del ateneo vinculados a la escuela galileana, corroborando el renombre de la que gozaba la institución pisana por las cátedras científicas que allí se impartían. El ateneo registraba la primacía de la enseñanza de la filosofía del físico toscano en sus aulas desde la segunda mitad del XVII, al tiempo que en periodo de la Regencia se erigen un observatorio astronómico y varias cátedras científicas. Andrés recuerda que la de Pisa, —que había padecido un retroceso respecto a otros ateneos italianos desde finales del XVII y a lo largo de la primera mitad del XVIII, con una merma en las matrículas y no pocas deficiencias en los métodos de enseñanzas— constituye «uno de los objetos más dignos de ser examinados con atención [...] por ser de las más famosas de toda Italia, y conocida en toda Europa por Galileo» (2004a: 326).

El ateneo pisano, en la segunda mitad del XVIII, se halla regido aún por una serie de estatutos elaborados a mediados del siglo XVI por Cosimo I, en el que el gobierno universitario se hallaba reservado a los estudiantes. Sin embargo, como subraya Ruta, la realidad era bien distinta, puesto que el Estado era quien asumía, cada vez más decididamente, la dirección efectiva de la institución (1979: 208-209). La universidad pisana, célebre por sus cátedras de carácter científico, había experimentado un notable retroceso en los años a caballo del gobierno de Cosimo III (1670-1723). A Pietro Leopoldo el ateneo se le presenta vetusto respecto a los avances que habían experimentado otros ateneos de la península,²⁰ por lo que desde los primeros años de la Regencia que preceden su gobierno es manifiesto su propósito por recuperar el antiguo esplendor: en esos años de mediados de la centuria se erige un observatorio astronómico, se establece la biblioteca universitaria, que en los años sucesivos habrá de incrementar notablemente sus fondos y se implementan los primeros —aún débiles— intentos de reforma, incrementando los *attestati di frequenza* de las lecciones y estableciendo normas más estrictas para la obtención de las licenciaturas.

El soberano encarga en 1767 a una *deputazione* de profesores, formada en su mayoría por docentes del campo de las ciencias naturales y experimentales (Ruta, 1979: 218, nota 46), para que le hagan llegar ideas y propuestas orientadas a renovar los sistemas de estudio: el informe es más bien decepcionante, con proyectos de reformas muy limitados y puntuales, puesto que los profesores no tienen interés en perder sus privilegios ni en modificar el *status quo*. Años más tarde Pietro Leopoldo insistirá en implementar refor-

²⁰ El soberano toscano, aun reconociendo las bondades y novedades del ateneo pisano, subraya en sus *Relazioni sul governo di Toscana*, como por otro lado «l'università sia ancora nello stesso sistema e metodo com'era 250 anni fa», en Ruta, 1979: 214, nota 36.

mas de calado en la organización, el funcionamiento y el sistema de estudios, cuyos ejes centrales acabarán plasmándose —muy parcialmente, debido a las continuas resistencias del mundo académico y a las incomprensiones entre éste y el soberano toscano— primero en las memorias de Wan Swieten y Perelli y sucesivamente, ese mismo 1785 que describe Andrés en sus cartas odepóricas, en las *Relazioni sul governo della Toscana* (Ruta, 1979: 222-237). En todo caso, debe tenerse en cuenta que los ateneos en la península, como se ha observado,

debían convivir, confundiéndose y superponiéndose en ocasiones, con otras instituciones, como Academias, Sociedades literarias y de Bellas Artes, Institutos científicos, Colegios y Seminarios, a las que Andrés [...], prestó mayor atención, incluso, que a la propia universidad» (Giménez López, 2006: 521).

El viajero, quien resalta el vínculo de amistad epistolar que lo une a su Rector, monseñor Angelo Fabroni, editor del periódico pisano *Giornale de' Letterati*, y a quien visita a su paso por Pisa, enfatiza la vitalidad que registra la tradición galileana en los altos estudios universitarios, centrados en el binomio *observación/experimentación*. A lo largo de sus diversos periplos por la península el ignaciano tuvo oportunidad de visitar varias universidades que exhibían una pluralidad de modelos. Sin embargo, en esta ocasión las consideraciones que traza en su carta sobre el ateneo pisano no son fruto de un conocimiento directo o de una visita, optando por incorporar otra voz emisora, al incluir los apuntes que le hace llegar un amigo. Andrés confiesa no haber podido visitar la sede del ateneo y comprobar por sí mismo su funcionamiento y actividades, debido a que, cuando había visitado la ciudad «era tiempo de vacaciones [...] y estaba todo cerrado» (2004a: 327). En su lugar, para colmar este vacío, ausencia que también reconoce se hallaba presente en las páginas dedicadas a su precedente visita a la ciudad de Bolonia, incorpora una amplia e «individual relación» (Andrés, 2004a: 327) que le facilita un amigo y que el sabio de Planes —plasmando una larga digresión en su *narratio* sobre el viaje— transcribe integralmente.

Esta «larga descripción» (Andrés, 2004a: 335), centrada en una pormenorizada lista enumerativa del cuerpo docente pisano, ofrece un cuadro aproximado de los diversos estudios que se impartían, con especial atención a las ciencias experimentales. Nos hallamos en estas páginas, pues, con otro sujeto emisor, que indirectamente incorpora información y varias consideraciones sobre contenidos culturales, en este caso los estudios en el ateneo, y que Andrés transcribe sin añadir una perspectiva personal. Ello confiere un mayor rasgo de veracidad a la descripción y credibilidad a los comentarios procedentes de alguna «autoridad» perteneciente —no cabe duda— al mismo ateneo, con toda probabilidad un interlocutor italiano, docente de la institución pisana, aunque en ella no haya por ejemplo alusión alguna ni al funcionamiento ni a los propósitos de reforma en acto promovida en aquellos mismos años por los poderes públicos.

Desfila ante el lector un amplio inventario de nombres que componen el claustro docente y que revelan la importante labor acometida por el ateneo en las diversas ramas del saber científico (física, matemáticas, álgebra, química, astronomía, medicina, botánica, etc.) en los últimos decenios (Giménez López 2004: 98-107).²¹ Del mismo modo estas

²¹ La física, transcribe Andrés, tiene en Bartolomé Banucci a uno de sus más prestigiosos referentes, siendo «tal vez el primero que introdujo entre nosotros los principios de Newton; sabe bien las matemáticas [...] y es respetado de todos» (2004a: 329). Destaca asimismo en este campo Andrea Ostili, discípulo suyo y luego profesor de matemáticas y filosofía de los hijos del gran duque, mientras que «el álgebra tiene un excelente maestro en [Pietro] Paoli, cuyos opúsculos impresos [...] manifiestan muy bien su profundidad en la ciencia que profesa» (2004a: 329). En esta

páginas ofrecen un cuadro aproximado del estado de las ciencias modernas y los progresos alcanzados, no solo en Pisa sino en el conjunto del gran ducado toscano (Andrés, 2004a: 324-340), en los que la tradición galileana reconoce una privilegiada relación de continuidad con la newtoniana.

En medicina, donde los avances fueron notorios, habiendo sido la sanidad una de las prioridades del gran duque como gobernante de Toscana, proponiendo una remodelación y reforma del sistema sanitario, destaca el magisterio del médico higienista Johann Frank, profesor de Gotinga, enviado a la universidad pisana por José II «para aplicar el modelo austríaco que dos años antes había iniciado Tissot, uniendo medicina y cirugía en un ciclo docente de cinco años [...] y que tanto impresionó a Andrés cuando visitó la Lombardía en 1791» (Giménez López, 2004: 106). En el texto se alude a Francesco Vaccà, quien «ha publicado varias obras que son estimadas y buscadas» (Andrés, 2004a: 330) y a Giuseppe Petri, «excelente maestro; [...] prudente y moderado en sus principios, diligente en sus observaciones» (Andrés, 2004a: 331).

Los progresos en el campo de la medicina para Andrés resultan manifiestos en su visita al Hospital de Santa Maria Novella, donde la teoría y la praxis, el estudio y la investigación de la disciplina con el buen ejercicio de la profesión y la dedicación y atención a los enfermos se conjugan de modo acertado.²² El hospital exhibe un laboratorio químico, una escuela de medicina, un museo de anatomía y se halla «bien provisto de médicos, practicantes y muchos sirvientes» (Andrés, 2004a: 302). El cuidado, la limpieza y buen arreglo produce la admiración del viajero alicantino, erigiéndose el florentino en modelo a ser imitado:

¡Que limpieza, qué aseo, que orden, qué arreglo en todo hasta en las cosas más menudas! [...]; el extremado aseo, el gran orden, el prudente y sabio arreglo en economía, limpieza, comodidad, y en toda asistencia de los enfermos, es lo que me ha llenado de admiración y de gusto. [...] Todo tan aseado, tan bien puesto y tan bello, que sirve de adorno y presenta un gran espectáculo aún a los ojos menos filosóficos (Andrés, 2004a: 300-301).

Asociados a la fuerte tradición galileana y a los estudios matemáticos-experimentales arraigados en la región, el texto se detiene también en los estudios y avances registrados en el campo de la astronomía. Andrés visita algunos de los observatorios más equipados, como el público del ateneo pisano, el primero en Toscana y uno de los pioneros de la península, «bien provisto» y dirigido por el célebre astrónomo Slop, «diligente e infatigable y [...] uno de los mejores astrónomos de Italia» (2004: 328). Mayor atención, sin embargo, presta al observatorio privado que en su habitación florentina había equipado el afamado astrónomo siciliano, de origen hispana, Leonardo Ximénez, con quien Andrés comparte una misma afición hacia Galileo.

El exjesuita, cosmógrafo y matemático del gran duque, apunta Andrés, «en un desván del Colegio, en que residía, se hizo su habitación, su librería y su comodísimo observato-

misma disciplina de estudios se ejerció también como profesor extraordinario el trentino Felice Fontana, encargado por Pietro Leopoldo —como luego se verá— de la organización de las colecciones del Museo Imperial florentino, mientras que en física experimental se cita a Josef Guadagni, «hombre diligente y exacto» (Andrés, 2004a: 330). Por lo que concierne a los estudios de química, donde el nivel en el ateneo pisano no era excelso como en el campo de la física, entre otros, se mencionan a Niccolò Branchi della Torre, miembro de la Academia de los Georgofili y creador unos años más tarde de la primera escuela de química del ateneo, y a Jorge Santi, «que además de la química, profesa la historia natural y la botánica» (Andrés, 2004a: 330).

²² Merece recordarse en dicha perspectiva la reforma hospitalaria promovida por el gran duque entre 1778 y 1790, impulsada, entre otros, por Ottaviano Targioni Tozzetti, quien sentó las bases de la renovación sanitaria en Toscana.

rio» (2004a: 296). Andrés muestra toda su admiración hacia el observatorio del exjesuita, hoy *Osservatorio Ximeniano* dirigido por los padres esculapios, enfatizando «la perfección de los instrumentos» (2004a: 296). Unos meses antes de emprender su viaje, en una carta dirigida a Mehus fechada en marzo de 1784 (2006, I: 289), Andrés había manifestado su interés por acceder a la obra científica del ilustre geógrafo siciliano, en especial por la lectura de su manual *Teoria e pratica delle resistenze de' solidi ne' loro attriti* (1782). Mayor espacio en su texto odepórico asigna a las observaciones que Ximénez realizaba en la meridiana situada en el Duomo florentino y a las que el ilustre viajero es invitado personalmente a presenciar por el mismo cosmógrafo. Las meridianas constituyen uno de los más antiguos instrumentos de medición del tiempo, basado en el relevamiento de los movimientos y posición del sol, lo que permitía calcular la inclinación terrestre con extrema precisión. Tomando como referencia el «antiguo, el más alto, y por consiguiente el más perfecto» (Andrés, 2004a: 297) gnomon que a finales del siglo xv había establecido en Santa Maria del Fiore el astrónomo y cartógrafo Dal Pozzo Toscanelli, colaborador de Colón en su viaje visionario, el cosmógrafo siciliano acabaría perfeccionando este importante instrumento de medición:

Iba Ximénez estudiando los medios de rehacer aquel gnomon, y de ponerlo en estado de ser útil a la astronomía, cuando llegó a Florencia Condamine, quien [...] persuadido de su exactitud [...] habló de él con mucho calor a varios, y singularmente al Conde de Richecourt, ministro entonces de Toscana, y con su autoridad hizo que se pudiese en ejecución lo que meditaba y deseaba Ximénez [...] y así se construyó la gran meridiana que se ve ahora y en la que desde aquel año de 1755 no ha dejado Ximénez de hacer constantemente sus observaciones solsticiales (Andrés, 2004a: 298).²³

Las observaciones en el campo de la astronomía se hallaban muy avanzadas en Toscana y Andrés quiere compartir con sus lectores españoles las novedades y los progresos alcanzados. En su opinión, gracias a la meridiana de Ximénez, «Florencia, aun en la astronomía, [...] tiene un singularísimo monumento, que no pueden verlo sin admiración los forasteros eruditos» (Andrés, 2004a: 299). La del *Duomo* no era la única meridiana presente en Florencia; es posible incluso hoy día encontrar varias más dispersas en la ciudad del Arno, como la que se halla en la Iglesia de Santa Maria Novella, donde, como atestigua el ilustre viajero, era posible apreciar «dos notables monumentos de astronomía», por un lado la meridiana y por otro una esfera armilar, representación esta última «de la esfera celeste [...] representando el ecuador y algunos meridianos y paralelos» (Giménez López, 2004: 300, nota 351).

Las bibliotecas, como reservorios del saber, los observatorios y las universidades, como lugares de formación, de reproducción y difusión del saber teórico y práctico, constituyen espacios privilegiados para el viajero para garantizar y promover el progreso en campo científico. En su descripción el sabio de Planes efectúa una selección y jerarquización de estos ámbitos de producción del saber, exaltando y dedicando mayor atención a los que se hallan asociados directamente al magisterio de Galileo, erigido en el verdadero fundador de la ciencia moderna, y cuyas obras son estudiadas y comentadas por un sector impor-

²³ El foro gnomónico situado en la cúpula Brunelleschi, a una altura de 90 metros, es hoy el más grande del mundo. Andrés, en una breve digresión, enumera los resultados de las observaciones a las que ha arribado Ximénez (2004a: 298-299), con el propósito de divulgar, sintéticamente, sus conclusiones; dichas consideraciones se hallan extraídas del libro de Ximénez, *Del vecchio e nuovo gnomo fiorentino e delle osservazioni astronomiche, fisiche e architettoneche fatte nel verificarne la costruzione* (Florencia, Stamperia Imperiale, 1757, 4 tomos).

tante de la cultura ignaciana de finales del siglo, entre los que destacan sus *ex confratelli* italianos Tiraboschi, Bettinelli y Rubbi (Guasti, 2019: 45).

3.3. *Museos y academias: mecenazgos públicos y privados*

La promoción del saber científico en Toscana se canalizó principalmente a través de las instituciones públicas que desempeñaron una activa y competente labor. Estas instituciones y centros de promoción científica fueron protegidos y beneficiados por el poder público, siendo los años de mayor florecimiento los dos decenios, entre 1770 y 1790, que caracterizaron el gobierno reformista de Pietro Leopoldo (Wandruszka, 1965). Sin embargo, las iniciativas y los modelos de promoción científica asociados a mecenazgos privados —acogidos en no pocas ocasiones sucesivamente bajo la protección o tutela del poder público—, contribuyeron también notablemente al progreso del saber científico (Quinziano, 2017: 114-117). El museo privado de historia natural que organizó quien fuera director del Jardín Botánico de la Universidad de Pisa y sucesivamente, hasta su muerte, director de la biblioteca *Magliabecchiana*, Giovanni Torgiani Tossetti, y el promovido por Antonio Fabbrini, director de la Casa de la Moneda, son dos ejemplos de iniciativas de carácter privado, que suscitan el interés y la aprobación del viajero alicantino. Ambas atestiguan «los adelantamientos que las ciencias naturales deben a los toscanos» (Andrés, 2004a: 296). Andrés había llegado a Florencia procedente de Bolonia, donde había podido corroborar la encomiable labor que allí desplegaba el *Istituto delle Scienze*, aunando «en un lugar solo todos los medios de estudiar con provecho las artes y las ciencias, y de cultivar de todos modos el ingenio humano» (Andrés, 2004a: 219). Era éste sin duda el modelo por excelencia de mecenazgo particular para Andrés en el campo científico: fundado entre 1711 y 1715 por el conde Luigi Marsigli, el *Istituto* boloñés fomentaba la unidad y difusión del saber orientado a promover el progreso y la «pública utilidad»,²⁴ conceptos claves en la articulación del pensamiento de la Ilustración (Giménez López, 2004: 31-54 y Quinziano, 2017: 109-112).

Ahora bien, sin llegar al nivel de perfección y calidad que representaba «aquel grandioso Palacio de las Musas» (Andrés, 2004a: 221), como definió Andrés la institución boloñesa, el mejor ejemplo de mecenazgo privado en Toscana lo constituye el gabinete y museo de física experimental erigido por el noble y diplomático británico George Cowper, «museo excelente, y tal vez único entre los particulares» (Andrés, 2004a: 296). El abad levantino no puede disimular el goce y el deslumbramiento que siente al visitar sus salas, en razón de la perfección y la calidad de las más de 400 máquinas allí expuestas. El viajero confiesa que no existen en toda la península otros instrumentos que puedan acercarse «a la magnificencia, delicadez y exactitud de las [máquinas] cowperianas» (Andrés, 2004a: 294), incluyendo las que se exhibían en el florentino Museo Imperial y Regio de Física.

El museo de milord Cowper, que disponía de un observatorio, una librería y diversas salas especializadas (electricidad, mecánica, hidrostática, óptica, química, neumática, entre otras),²⁵ se hallaba dirigido por el profesor de física experimental de la Universidad de Pisa Carlo Alfonso Guadagni, quien, anota Andrés, «privadamente tiene todos los

²⁴ El *Istituto delle Scienze* conjugaba la docencia con la investigación, priorizando de modo especial los resultados de las investigaciones, y su difusión, concediendo al mismo tiempo la primacía a la observación y a la experimentación. Al poner de realce las novedades de la institución científica boloñesa, Giménez López afirma que la misma reflejaba la concepción enciclopedista del saber andresiano y se orientaba «hacia el saber experimental, el trabajo en equipo, la conservación ordenada de los materiales y los resultados de la investigación» (2004: 36-37).

²⁵ Pocos años después de la visita de Andrés, en 1791, la biblioteca y el gabinete de física experimental del museo cowperiano fueron adquiridos por el *Istituto delle Scienze* de Bolonia.

años un breve curso de física experimental» (2004a: 295). La exposición de las máquinas e instrumentos, conjuntamente con la presencia de una librería especializada y la actividad docente y de divulgación convierten el museo en un ámbito privilegiado de producción, de debate y divulgación de las novedades en campo científico. El Museo, en la óptica del saber enciclopedista y unitario, se erige en modelo de iniciativa privada digno de ser imitado por la nobleza española, a quien el ignaciano invita a utilizar útilmente el dinero y sus riquezas «en cosas que son tan decorosas» y «útiles a la patria»:

Ojalá nuestros grandes entraran en este gusto [del británico Cowper], y en vez de consumir inútilmente, y sin saber cómo su dinero, lo empleasen en cosas útiles a la patria, honoríficas a sí [mismos] y a sus casas (Andrés, 2004a: 296).

Cowper y, por citar otro ejemplo, Lorenzo Ginori,²⁶ marqués aficionado a las ciencias experimentales, activos ambos en la promoción de la ciencia moderna, remiten al modelo de aristócratas iluminados al servicio del progreso cultural y material, que apreciaba Andrés, y que se hallaba alejado del modelo improductivo que caracterizaba la nobleza de su país.²⁷ Si el museo de ciencias del milord inglés constituye el «espejo en que debía mirarse la aristocracia española» (Giménez López, 2004: 80), en ámbito público la primacía en la promoción y divulgación del saber científico se halla reservada al Museo Imperial y Regio de Física e Historia Natural, ejemplo encomiable de la política científica leopoldina (Giménez López, 2006: 504-506). Creado a iniciativa del gran duque en febrero de 1775 sobre la base de las colecciones mediceas de zoología y geología, la organización de los materiales e instrumentos corrió a cargo del ya citado Targioni Tozzetti, director de la biblioteca *Magliabecchiana*, y especialmente del abad Felice Fontana, quien sería su primer director.

El museo imperial, situado en las instalaciones del Palazzo Torrigiani «soberbio edificio, que causa maravilla a cuantos lo ven» (290) y hoy sede del museo zoológico, contaba con 32 salas de exposición y disponía de biblioteca especializada en ciencias, observatorio astronómico, laboratorios y jardín botánico. Andrés apunta que «aquel palacio de la física» presenta «varias salas de física experimental, llenas de muchas y finísimas máquinas» y otras en que se exhiben una significativa variedad de especies zoológicas y objetos minerales, en «que se hallan con magnífica abundancia y con exquisita elección, aves, peces, insectos, conchas, plantas, mármoles, tierras y todas las clases de los tres reinos de la naturaleza» (2004a: 291).

Andrés manifiesta toda su admiración por las salas de anatomía con las piezas moldeadas en cera que reproducen los cuerpos humanos, «hombre y mujer enteros con piel y sin ella, mostrando todos los músculos, venas y arterias, abiertos para [...] dar a conocer todas sus partes» (2004a: 291). Enfatiza la utilidad y contribución de estas piezas en cera para un más completo estudio y progreso de los estudios de anatomía. En su opinión, «la multiplicidad, variedad, exactitud y perfección de las piezas [...] [pueden] competir con

²⁶ El inglés milord Cowper, diplomático y aficionado a la física experimental, había llegado a Florencia a principios de los años 60', insertándose rápidamente en los ambientes culturales de la ciudad. Por lo que se refiere a la familia Ginori, Lorenzo, apasionado de las ciencias experimentales, había sido colaborador del gran duque como *Provveditore dell'Abbondanza* y socio de la *Accademia dei Georgofili*; su padre, Carlo, había fundado la fábrica de porcelanas de *Doccia* en 1737, abasteciendo a varias familias de la aristocracia italiana, en primer lugar la Casa Ducale Toscana-Lorena, y europea.

²⁷ Este modelo de nobleza productiva, preocupada por el progreso de la nación, se halla nuevamente presente en las *Cartas andresianas*, por ejemplo, en los pasajes que describen su visita en setiembre de 1788 a la ciudad de Venecia, correspondiente a su segundo viaje: allí Andrés juzga favorablemente a la nobleza lagunar, por su capacidad de iniciativa dedicada al comercio, al progreso y las diversas actividades productivas; véase Tejerina, 1986.

las de cualquier otro lugar, y bastarían por sí solas para hacer respetable aquel museo» (2004a: 291); algunos años más tarde, en su visita al museo en mayo de 1794, Leandro Moratín quedaría igualmente impresionado por las salas de anatomías que albergaba el museo florentino.²⁸

Sin duda, para Andrés este centro de investigación y difusión científicas plasmaba su idea de utilidad y progreso, y se adecuaba a su concepción unitaria del saber. Evocando los comentarios del director Fontana, «conocido en toda Europa por sus muchas y muy doctas obras de física» (Andrés, 2004a: 292), y para quien el museo podía ser concebido como «superior a los adultos y más celebrados de toda Europa» (2004a: 292), el alicantino se halla favorablemente impresionado ante la riqueza y variedad de objetos y piezas que albergan sus más de 30 salas. Andrés escribe que en Italia «no hay ciertamente otro museo que iguale al de Florencia» (2004a: 292), alabando al mismo tiempo su aseo, arreglo y buen orden.²⁹

Sin duda el Museo Imperial era uno de los más completos en campo científico en el contexto europeo hacia finales de la centuria, gracias a «la activa y eficaz protección del gran duque» (2004a: 290). Este palacio de las ciencias constituye el mejor ejemplo del mecenazgo institucional que sintetizaba el convencido empeño de promoción y progreso en campo científico llevado a cabo por el poder público. La institución se erige en modelo emblemático de la vinculación y colaboración entre la ciencia toscana y la imperial habsbúrgica en el XVIII y al mismo tiempo, como se ha observado, constituye «una decidida apuesta por un saber concentrado y controlado» (Giménez López, 2004: 76) desde la cima del poder político, con el que Andrés se identifica.

La finalidad del texto andresiano, orientada a difundir y ensalzar determinados modelos de protección y promoción cultural y científica, así como a interpelar a los gobernantes y la nobleza de España, lleva en más de una ocasión al editor de la obra, su hermano Carlos, a «inmiscuirse» en el texto e incorporar algunas notas aclaratorias sobre la realidad educativa, cultural y científica de la España del periodo. El objeto es el de corroborar y difundir las novedades y los progresos que registra el reino en aquellos mismos años, siguiendo criterios y modelos de promoción del saber próximos o similares a los indicados por el autor de las *Cartas*.³⁰ Una muestra de ello puede leerse en el pasaje en el que se describen las piezas anatómicas de cera del museo florentino, que ofrece al editor la ocasión para elogiar la política de promoción científica del reformismo borbónico, anotando que en Madrid

trabajan ya algunos con mucho primor; entre ellos don Ignacio Lacaba, director anatómico del Real Colegio, ha hecho hasta ahora 12 piezas, que, con otras que se harán adelante, servirán para la formación de un gabinete anatómico (Andrés, 2004a: 290, nota 329).

28 En la misma línea del abad alicantino, el autor de *El sí de las niñas* anotaba que la colección de las piezas expuestas en esas 17 salas son «las más completa que acaso existe», y que «las piezas de anatomía, la colección de insectos, la de conchas y minerales, semillas y maderas» le habían parecido «lo más apreciable» (1991: 353).

29 Fontana fue el verdadero artífice de la organización, orden y disposición de las piezas expuestas en el *Regio Museo* florentino: a este respecto, Giménez López asevera que el profesor de Trento «deseaba un saber técnico aplicado que fuera más allá de la admiración de las colecciones expuestas [...], y que prestigiara y autolegitimara al gran duque como patrocinador de las ciencias útiles en una dirección diferente al tradicional mecenazgo mediceo» (2006: 505).

30 Son varias, en efecto, las incursiones, a través de notas aclaratorias a pie de página, del editor español; otro ejemplo puede verse en la nota 89, donde Carlos Andrés, en el pasaje del texto en que se alude a la creación de nuevas cátedras en el seno del *Istituto delle Scienze* de Bolonia, recuerda que «nuestro ilustrado gobierno [...] en el presente año ha establecido en [Madrid...] dos cátedras: una de historia literaria [...] y otra de química» (2004a: 223). Otros ejemplos también en las notas 239, 302 y 331 del primer —y único— volumen de la edición de Giménez López (2004a).

Las diversas academias toscanas constituyen otro fértil terreno de promoción cultural y científica en el que confluyen tanto los mecenazgos particulares como los públicos. Estas instituciones se erigen en uno de los ámbitos privilegiados en que se plasma la sociabilidad cultural de las élites intelectuales ciudadanas.³¹ La multiplicación de academias florentinas a lo largo de la segunda mitad del *xvi* habla de la importancia que adquieren estos ambientes de debate y sociabilidad en el seno de la sociedad toscana, pudiéndose estimar, según las fuentes, en unos 3500 el número de académicos florentinos entre 1540 y 1783 (Boutier, 2005: 410, nota 13). Es en el *xviii* cuando se instauran las primeras academias especializadas, como la *Società botanica*, la *Accademia dei Georgofili* —dedicada a los estudios agrarios— y la *Società Colombaria*, orientada a los estudios de historia, ciencia y filología. La participación en las instituciones académicas a partir de las competencias específicas no constituye, desde ya, un fenómeno exclusivamente toscano ni mucho menos italiano, pero su surgimiento e incremento en los primeros decenios del *Settecento* corroboran los nuevos itinerarios transitados hacia la especialización del saber. Como recuerda Boutier, «ces nouvelles académies entendent limiter leur membres a un groupe restreint de spécialistes impliqués dans un travail intellectuel effectif» (2005: 439), y al mismo tiempo presentan una gradual propensión a incorporar, en función de sus competencias, también a miembros y correspondientes externos, de otras ciudades italianas y europeas, exhibiendo una mayor apertura e internacionalización.

La mayoría de las academias, ya en la segunda mitad del *xvii*, comenzando por la prestigiosa *Accademia del Cimento*, se hallan fuertemente permeadas por la tradición científica galileana, centrada en los procesos de observación y experimentación. Andrés evoca la importancia de la afamada academia pública, fundada en 1657, en el campo de las ciencias experimentales, aunque, respecto a las bibliotecas y los museos, sus valoraciones sobre ésta y el resto de las instituciones académicas que describe, son más comedidas (Guasti, 2017: 255). En su breve, pero muy provechosa, vida (1657-1667), la del *Cimento* se propuso difundir con cautela los conceptos y las enseñanzas del célebre físico pisano. Al referirse a la afamada academia, Andrés ignora al más anciano de sus miembros, Alessandro Marsili, poco orientado a las ciencias experimentales. Por el contrario, de modo deliberado, en una clara operación de reivindicación de Galileo y su escuela, similar a la que se ha visto al abordar el claustro docente pisano, destaca la labor de Antonio Borrelli, discípulo de Galileo, de Francesco Redi y Cándido Del Buono, que habían sido también alumnos suyos, y muy especialmente «el más admirado por Andrés» (Giménez López, 2004: 85), Vincenzo Viviani, primer biógrafo del afamado toscano, continuador de sus estudios en el campo de la geometría y la hidrostática.

La evocación de la academia florentina y de algunos de sus mayores exponentes constituye una ulterior reivindicación del legado de la escuela galileana (Baldini, 1980), que el gran duque por demás había reconocido pocos años antes, al publicarse en 1780 bajo su protección los volúmenes compilados por el físico Targioni y en los que se inventariaban los progresos que habían registrado las ciencias modernas gracias a la labor acometida por la Academia florentina.

Andrés recuerda también otras dos sociedades académicas, surgidas como iniciativas privadas, la *Colombaria* y la prestigiosa *Accademia dei Georgofili*, a cuyas reuniones fue invitado en sus días en Florencia. Creada la primera como academia particular en 1735 y

³¹ Se dispone de una amplia bibliografía sobre las academias toscanas como espacios de sociabilidad de las élites intelectuales urbanas en el *xvii* y *xviii*; por motivos de espacio solo se señala el esencial estudio de Boutier (2005), quien —apoyándose en las fuentes y en una bibliografía actualizada de referencia— aborda su entorno, los mecanismos de acceso, la emergencia en el *xvii* —y decadencia en el *xviii*— del modelo del *cittadino accademico*, al tiempo que reconstruye las listas de los académicos y los niveles de participación.

orientada a los estudios filológicos y científicos, exhibía en aquellos años una muy escasa actividad y, por las consideraciones que dejó estampadas, es evidente que no convenció al viajero español. La de los *Georgofili*, instituida en 1753, se hallaba dedicada a los estudios agrarios: surgida como institución privada, exhibía un mayor dinamismo. Un par de años antes de la visita de Andrés, en 1783, se había fusionado con la *Società Botanica*, acogiendo a la protección pública del gran duque. Siguiendo el itinerario de esta academia agraria, en ese mismo 1783 Pietro Leopoldo había suprimido otras tres academias existentes, que en aquellos años «habían perdido su antiguo esplendor» (Andrés, 2004a: 313), para reunir todas ellas en una sola.³² Andrés saluda la iniciativa del gran duque, cuya política reformista constituye un ejemplo de promoción de los poderes públicos, encaminada a fomentar una acción más coordinada y operativa en condiciones de prestigiar una gran institución de carácter cultural y científica; en el marco de la citada estrategia de autopromoción y autolegitimación, no desaprovecha asimismo la ocasión en este pasaje para recordar el honor que recientemente se les ha concedido, a su hermano Carlos y a él mismo, al haber sido nombrados socios académicos de la naciente *Reale Accademia Fiorentina*.³³

Este modelo de institución se aproxima al modelo de sociabilidad intelectual que el autor de las *Cartas familiares* pregona y que la nobleza de su nación debería imitar: a saber «una Academia que abrazase ciencias, buenas letras y nobles artes» (Andrés, 2004a: 315), como expresión de su concepción unitaria del saber y de su innegable función de pública utilidad. El viajero espera que la academia florentina, del mismo modo que las bibliotecas y museos toscanos, iguale o pueda superar «a lo mejor que en esta línea se ve en el mundo» (2004a: 315), aspirando en un futuro no lejano a situarse al mismo nivel que las otras academias europeas, como las de París, San Petersburgo, Londres o Berlín. La nueva academia, sugiere, debe erigirse en un prestigioso punto de referencia cultural y científica, pudiendo contar entre sus miembros con un acreditado caudal de eruditos y hombres de saber de la talla de Bandini, Fontana, Ximénez, Mehus y el mismo Perini, quienes podían dotar a la nueva institución de renombre y nuevo esplendor.

Probablemente Andrés sea el autor del dieciocho español que, con mayor lucidez y perspicacia, se propuso plasmar un proyecto cultural que trascendiera las augustas fronteras nacionales, al trazar un sentido acabado de las letras y las ciencias, aunadas ambas a partir del concepto clave de progreso. Los diversos ámbitos de organización y difusión del saber, en primer lugar la naciente academia florentina, conjuntamente con museos, observatorios, bibliotecas, etc., y los modelos de promoción, tanto públicos como privados, desempeñan un rol determinante en la consecución del proyecto cultural andresiano, que apoya en la configuración de un saber totalizador y unitario. Para ello, en su opinión, los lugares del saber debían actuar mancomunadamente, establecer vasos comunicantes y ámbitos de colaboración e integración con el fin de potenciar su labor, aunando esfuerzos y construyendo un circuito dinámico de difusión científica:

³² La Academia de la *Crusca*, la de los *Apatisti* —dedicadas ambas al léxico, estudio y difusión de la lengua toscana— y la Florentina, cuyo nacimiento, como la de la *Crusca*, se remontaba al siglo XVI, acabaron fusionándose en la nueva *Reale Accademia Fiorentina*, cuyo primer secretario fue el ya mencionado abad Perini, amigo y privilegiado interlocutor del ilustre viajero.

³³ En una misiva al botánico Cavanilles, pocos meses antes de emprender su primer viaje a mediados de 1785, Andrés señala que «la Academia de Florencia y la de Cortona, que está más acreditada dentro y fuera de Italia, me han hecho el honor, sin haberles yo usado la menor atención, de nombrarme miembro suyo y yo aunque les estimo, como es justo, este favor, me sirvo tan poco de él, que ni aun hago el uso, que es el único que puedo hacer, de ponerme este título en el frontispicio del 2° tomo [de los *Orígenes*]», *Carta de Andrés a Cavanilles* (10-03-1785), en Andrés, 2006, I: 343.

Yo quisiera que hubiese allí [en Toscana] una Academia que abrazase ciencias, buenas letras y nobles artes. El museo físico, el jardín botánico, el observatorio y los otros establecimientos científicos, darían campo a los académicos para ilustrar las ciencias a que pertenecen (Andrés, 2004a: 315).

La Toscana, en razón del florecimiento cultural y progreso científico que puede atestiguar, no solo constituye un ejemplo para el viajero ilustre, sino que se coloca al mismo nivel de las grandes naciones europeas en campo científico, pudiendo por demás plasmar una red o circuito de saberes en condiciones de articular y potenciar sus instituciones y lugares del conocimiento. Su augurio es que, coordinando y aunando esfuerzos, Florencia pueda convertirse en innegable punto de referencia cultural y científica en Europa, concibiendo al Museo Imperial como el modelo por excelencia de concepción práctica y unitaria del saber y de patrocinio público. En su opinión, es mucho lo que «deben a los toscanos las ciencias y las buenas letras, las artes liberales y mecánicas» (Andrés, 2004a: 237): entusiasmado Andrés por los vínculos de amistad y sociabilidad que ha entablado con la élite intelectual toscana y asombrado muy favorablemente por los logros del reformismo y filantropismo leopoldianos, sus *Cartas* corroboran el sincretismo de su proyecto entre los años '70 y finales de los '80, en el que, a la tradición de la sabiduría y erudición jesuítica, como se ha observado, se añade «la dimensión instrumental de la ciencia» (Giménez López, 2006: 530). En dicho itinerario esencial se revela la protección pública que ejerce Pietro Leopoldo, percibido como continuador de la brillante labor acometida por siglos por los Médicis hacia la promoción de saberes, sin olvidar las importantes iniciativas privadas de carácter científico (museos, gabinetes de física, observatorios astronómicos, academias) llevadas a cabo por la nobleza toscana, cuya importante labor en pos de la difusión de las ciencias modernas contrasta con el comportamiento de una aristocracia ociosa e improductiva, como la española. Andrés, quien preconiza «la evolución transformadora de la humanidad por medios científicos y culturales» (Aullón de Haro, 2017: 10), plantea la necesidad que estos mecenazgos virtuosos sean emulados por la élite aristocrática de su país, en lugar de «consumir inútilmente, y sin saber cómo, su dinero» (2004a: 296), favoreciendo de este modo el progreso material y científico de España y lograr acortar la brecha que la separaba de otras naciones avanzadas de Europa.

4. CONCLUSIÓN

El viaje instructivo del erudito de Planes constituye un itinerario de explícitas connotaciones culturales, orientado a describir y difundir los avances en el campo de las artes, las letras y la ciencia moderna en la Italia del *Settecento*, priorizándose en dicho itinerario la enumeración y descripción de los espacios —todos ellos urbanos— dedicados al estudio y la producción cultural y a los ámbitos en los que se promueven los saberes científicos. La finalidad de procurar el bien común, el progreso y la utilidad, principios rectores del pensamiento de la Ilustración, determinan la elección de los ámbitos culturales y del saber que el ilustre viajero decide visitar en sus periplos por la península y que organizan la estrategia discursiva —enumerativa, descriptiva e inventarial— de sus cartas viajeras, articulada en torno a los mecanismos selectivos de los ámbitos que organizan los saberes.

Andrés plasma en sus *Cartas familiares* un itinerario del conocimiento empírico y observacional del mundo, ofreciendo un cuadro vivaz del estado de las ciencias experimentales y naturales en la Toscana del último tercio del XVIII, articulado en torno a perspicaces consideraciones que informan —en algunas ocasiones con precisión notarial— sobre las actividades que exhiben las diversas instituciones públicas y privadas del

gran ducado, como gabinetes y laboratorios de física o química, observatorios astronómicos y museos, cátedras universitarias y bibliotecas especializadas en campo científico. El sujeto emisor efectúa en estas cartas odepóricas una selección y síntesis del conocimiento y del ingente material que ha ido acumulando a lo largo de sus periplos por los diversos espacios del saber y que constituyen los fundamentos sobre los que sucesivamente habrán de organizarse varios de los capítulos de carácter científico que ocupan los tomos VI, VII y VIII de sus *Orígenes*, significando los mismos un esbozo de historia universal de la ciencia.

Las amplias páginas que el ignaciano alicantino dedica al gran ducado toscano son bien significativas de su interés hacia la sistematización del saber y el progreso de las ciencias modernas, así como de la manifiesta atención que siempre demostró hacia los modelos de promoción más eficaces en afirmar y difundir los adelantamientos científicos. Si en diversos textos, como en su obra monumental, Andrés reflexiona sobre el avance y la decadencia de las ciencias, presentándose «como ese gran seleccionador y valedor científico» (Rodríguez Sánchez de León, 2019:145), en las *Cartas* referidas a su periplo toscano establece la validez y jerarquización de los ámbitos de organización y difusión del saber orientados a garantizar la sistematización y el progreso de la ciencia moderna, así como la ejemplaridad de los modelos de promoción científica dignos de imitación.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRÉS Y MORELL, Juan (1776), *Saggio della filosofia del Galileo*, Mantua, Erede Alberto Pazzoni.
- ANDRÉS Y MORELL, Juan (1783), *Disertación sobre las causas de los pocos progresos que hacen las ciencias en estos tiempos*, trad. Carlos Andrés, Madrid, Imprenta Real.
- ANDRÉS Y MORELL, Juan (1784-1804), *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, trad. Carlos Andrés, Madrid, Antonio Sancha, 10 vols.
- ANDRÉS Y MORELL, Juan (1786-1793), *Cartas familiares del abate D. Juan Andrés a su hermano D. Carlos*, Madrid, A. de Sancha, 5 tomos; I-II.
- ANDRÉS Y MORELL, Juan, (1997-2002), *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, eds. Pedro Aullón de Haro, Jesús García Gabaldón, Santiago Navarro Pastor y Carmen Valcárcel, trad. Carlos Andrés, Madrid, Verbum-Biblioteca Valenciana, 6 vols.
- ANDRÉS Y MORELL, Juan (2004a), *Cartas Familiares. I: Bolonia, Florencia, Roma*, ed. Enrique Giménez López, trad. Carlos Andrés, Alicante, Publicaciones Universidad de Alicante.
- ANDRÉS Y MORELL, Juan (2004b), *Cartas familiares*, dir. Pedro Aullón de Haro, eds. Idoia Arbillaga y Carmen Valcárcel, trad. Carlos Andrés, Madrid, Verbum-Biblioteca Valenciana, 2 vols.
- ANDRÉS Y MORELL, Juan (2008-2011), *Lettere familiari. Corrispondenza di viaggio dall'Italia del Settecento*, ed. y trad. Maurizio Fabbri, Rimini, Panozzo ed., 5 vols.
- ANDRÉS Y MORELL, Juan (2006), *Epistolario*, ed. Livia Brunori, Biblioteca Valenciana, 3 vols.
- ARADRA SÁNCHEZ, Rosa María (2019), «Juan Andrés y la noción de progreso en los inicios de la historia literaria española», en María José Rodríguez Sánchez de León y Miguel Amores Fuster (eds.), *La ciencia literaria en tiempos de Juan Andrés*, Madrid, Visor Libros, pp. 269-294.
- ARATO, Franco (2000), «Un comparatista: Juan Andrés», *Cromohs*, nº 5, pp. 1-14.
- ARBILLAGA, Idoia (2011-2012), «El libro de “Viaje a Italia” en España: las *Cartas familiares* de Juan Andrés», *Isimu*, nº 14-15, pp. 239-252.
- ARBILLAGA, Idoia y VALCÁRCCEL, Carmen (2004), «Estudio Preliminar», en Juan Andrés Morell, *Cartas familiares*, dir. Pedro Aullón de Haro, eds. Idoia Arbillaga y Carmen Valcárcel, Madrid, Verbum-Biblioteca Valenciana, vol. I, pp. XIII-CXLI.
- AULLÓN DE HARO, Pedro (2002), «Juan Andrés: historiografía, Enciclopedia y comparatismo la creación de la Historia Universal y Comparada», en Pedro Aullón de Haro, Jesús García

- Gabaldón y Santiago Navarro Pastor (eds.), *Juan Andrés y la teoría comparatista*, Valencia, Biblioteca Valenciana, pp. 13-26.
- AULLÓN DE HARO, Pedro (2017), «Prefacio», en Juan Andrés, *La literatura española del siglo XVIII*, ed. Davide Mombelli, Madrid, Instituto Juan Andrés de Comparatística y Globalización, pp. 9-II.
- BALDINI, Ugo (1980), «La scuola galileana», en *Storia d'Italia. Annali*, tomo III, Turín, Einaudi, pp. 381-463.
- BATLLORI, Miquel (1961), «Juan Andrés», en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana-Treccani, vol. III, pp. 156-157. <https://www.treccani.it/enciclopedia/>
- BATLLORI, Miquel (1966), *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid, Gredos.
- BORSÒ, Vittoria (2002), «Juan Andrés: *Prodesse et delectare*. Historia, Política y literatura», en Pedro Aullón de Haro, Jesús García Gabaldón, y Santiago Navarro Pastor (eds.), *Juan Andrés y la teoría comparatista*, Valencia, Biblioteca Valenciana, pp. 115-138.
- BOUTIER, Jean (2005), «Les membres des académies florentines à l'époque moderne. La sociabilité intellectuelle à l'épreuve du statut et des compétences», en Jean Boutier, Brigitte Marin y Antonella Romano (eds.), *Naples, Rome, Florence. Une histoire comparée des milieux intellectuels italiens (XVIIe-XVIIIe siècles)*, Roma, École Française de Rome, pp. 405-443.
- FABBRI, Maurizio (1996), «La literatura de viajes», en Francisco Aguilar Piñal (ed.), *Historia literaria en España en el siglo XVIII*, Madrid, Trotta-CSIC, pp. 407-424.
- FABBRI, Maurizio (2000), *Il Settecento*, Florencia, La Nuova Italia.
- FABBRI, Maurizio (2008), «Introduzione», en Juan Andrés y Morell, *Lettere familiari. Corrispondenza di viaggio dall'Italia del Settecento*, ed. Maurizio Fabbri, Rimini, Panozzo, vol. 1, pp. 7-25.
- FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro (1991), *Viaje a Italia*, ed. Belén Tejerina, Madrid, Espasa-Calpe.
- FUENTE FOS, Carlos D. (2008), *Juan Andrés: entre España y Europa*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim – Diputació de Valencia.
- GARCÍA GABALDÓN, Jesús, Santiago NAVARRO PASTOR y Carmen VALCÁRCEL (1997), «Estudio Preliminar», en Juan Andrés y Morell, *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, dir. Pedro Aullón de Haro, Madrid, Verbum-Biblioteca Valenciana, vol. 1, pp. LVI-CLXV.
- GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique (2004), «Estudio introductorio», en Juan Andrés Morell, *Cartas familiares I. Bolonia, Florencia, Roma*, ed. Enrique Giménez López, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 9-189.
- GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique (2006), «En la corte de *Salomón du Midi*. El jesuita valenciano Juan Andrés y la cultura toscana de fines del Setecientos», en Enrique Giménez López (ed.), *De cosas y hombres de nación Valenciana. Doce estudios en homenaje al Dr. Antonio Mestre Sanchis*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 487-530.
- GUASTI, Niccolò (2006), *L'esilio italiano degli espulsi. Identità, controllo sociale e politiche culturali (1767-1798)*, Venecia, Edizioni di Storia e Letteratura.
- GUASTI, Niccolò (2009), «Rasgos del exilio italiano de los jesuitas españoles», *Hispania sacra*, vol. LXI, nº 123, pp. 253-278.
- GUASTI, Niccolò (2017), *Juan Andrés e la cultura del Settecento*, Milán, Mimesis.
- GUASTI, Niccolò (2019), «Juan Andrés y Galileo», en María José Rodríguez Sánchez de León y Miguel Amores Fuster (eds.), *La ciencia literaria en tiempos de Juan Andrés*, Madrid, Visor Libros, pp. 41-69.
- LISTRÍ, PIER F. (2016), *Pietro Leopoldo, granduca di Toscana: un riformatore del Settecento*, Florencia, Clichy.
- MESTRE SANCHIS, Antonio (1980), «Erudición y enciclopedismo en el P. Andrés», en *Humanismo y crítica histórica en los ilustrados alicantinos*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 135-150.
- MOMBELLI, Davide (2019), *Tiraboschi, Leopardi y Juan Andrés*, París-Toulouse-Madrid, Tulús.

- NAVARRO BRÒTONS, Víctor (1996), «Los jesuitas y la renovación científica en la España del siglo XVII», *Studia Histórica. Historia Moderna*, nº 14, pp. 15-44.
- PASTA, Renato (1996), «Scienza e istituzioni in età leopoldina», en Giulio Barsanti, Vieri Becagli y Renato Pasta (eds.), *La politica della scienza. Toscana e Stati italiani nel tardo Settecento*, Florencia, Olschki, pp. 3-34.
- PASTA, Renato (2015), «Pietro Leopoldo d'Asburgo-Lorena, granduca di Toscana, poi imperatore del Sacro Romano Impero come Leopoldo II», en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana-Treccani, vol. 83. [https://www.treccani.it/enciclopedia/pietro-leopoldo-d-asburgo-lorena-granduca-di-toscana-poi-imperatore-del-sacro-romano-impero-come-leopoldo-ii_\(Dizionario-Biografico\)](https://www.treccani.it/enciclopedia/pietro-leopoldo-d-asburgo-lorena-granduca-di-toscana-poi-imperatore-del-sacro-romano-impero-come-leopoldo-ii_(Dizionario-Biografico))
- QUINZIANO, Franco (2007), «Una aproximación a la literatura de viajes en el siglo XVIII: viajeros españoles y *grand tour* en la Italia del Setecientos (1760-1805)», *Revista Iberoamericana*, nº 18, pp. 335-380.
- QUINZIANO, Franco (2016), «Un capitolo nei rapporti ispano-italiani nel Settecento. Enciclopedismo sincretismo e dialogo culturale nel gesuita espulso Juan Andrés», *Artifara*, nº 16, pp. 27-45. www.ojs.unito.it/index.php/artifara
- QUINZIANO, Franco (2017), «L'esilio italiano dei gesuiti spagnoli. Enciclopedismo, dialogo e modelli di promozione culturale in Juan Andrés», en Fabio Martelli (ed.), *Spaesamenti. Processi di estraniamento culturale tra età moderna e contemporanea*, Roma, Aracne, pp. 79-122.
- QUINZIANO, Franco (2019), «Juan Andrés e la cultura ispano-italiana del Settecento: umanesimo, sincretismo e dialogo culturale», en Vicente González Martín, Manuel Gil Rovira, Milagro Martín Clavijo e Irene Scampuddu (coord.), *Un recorrido por las letras italianas en busca del humanismo*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 407-420.
- RÍOS CARRATALÁ, Juan Antonio (1992), «Las *Cartas familiares* de Juan Andrés», *Quaderni di filologia e lingue romanze*, terza serie, nº 7, pp. 86-100.
- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, María José (2019), «El conocimiento científico y la comprensión hermenéutica y crítica de la literatura: la propuesta de Juan Andrés», en María José Rodríguez Sánchez de León y Miguel Amores Fuster (eds.), *La ciencia literaria en tiempos de Juan Andrés*, Madrid, Visor Libros, pp. 125-149.
- RUTA, Leonardo (1979), «Tentativi di riforma dell'Università di Pisa sotto il granduca Pietro Leopoldo (1765-1790)», *Quaderni fiorentini per la storia del pensiero giuridico*, nº 8, pp. 197-273.
- SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel (2002), «Juan Andrés: el viaje ilustrado y el género epistolar», en Pedro Aullón de Haro, Jesús García Gabaldón y Santiago Navarro Pastor (eds.), *Juan Andrés y la teoría comparatista*, Valencia, Biblioteca Valenciana, pp. 269-286. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc5d991>
- SCANDELLARI, Simonetta (2009), «El concepto de progreso en el pensamiento de Juan Andrés», *Cuadernos Dieciochistas*, nº 7, pp. 17-46.
- TEJERINA, Belén (1986), «Ideas reformistas de Juan Andrés a través de sus impresiones venecianas (1788)», *Dieciocho*, nº 9, pp. 272-289.
- TIRABOSCHI, Girolamo (1822-1826), *Storia della letteratura italiana*, Milán, Società Tipografica dei Classici Italiani, vol. 1.
- WANDRUZSKA, Adam (1965), «L'opera riformatrice di Pietro Leopoldo», *Rassegna storica toscana*, año XI, nº 2, pp. 179-191.
- WANDRUZSKA, Adam (1968), *Pietro Leopoldo. Un grande riformatore*, Florencia, Valecchi ed.